

**El Caballero de Olmedo**

**Por**

**Félix Lope de Vega y Carpio**

## ACTO PRIMERO

Personas del Acto Primero.

DON ALONSO.

DON RODRIGO.

DON FERNANDO.

DON PEDRO.

DOÑA INÉS.

DOÑA LEONOR.

TELLO.

ANA.

FABIA.

(Sale DON ALONSO.)

ALONSO

Amor, no te llame amor  
el que no te corresponde,  
pues que no hay materia adonde  
imprima forma el favor.

Naturaleza, en rigor,  
conservó tantas edades  
correspondiendo amistades;  
que no hay animal perfeto  
si no asiste a su conceto  
la unión de dos voluntades.

De los espíritus vivos  
de unos ojos procedió  
este amor, que me encendió  
con fuegos tan excesivos.

No me miraron altivos,  
antes, con dulce mudanza,  
me dieron tal confianza;  
que, con poca diferencia,  
pensando correspondencia,  
engendra amor esperanza.  
Ojos, si ha quedado en vos  
de la vista el mismo efeto,  
amor vivirá perfeto,  
pues fue engendrado de dos;  
pero si tú, ciego dios,  
diversas flechas tomaste,  
no te alabes que alcanzaste  
la vitoria, que perdiste,  
si de mí solo naciste,  
pues imperfeto quedaste.

(Salen TELLO, criado, y FABIA.)

FABIA

¿A mí, forastero?

TELLO

A ti.

FABIA

Debe de pensar que yo  
soy perro de muestra.

TELLO

No.

FABIA

¿Tiene algún achaque?

TELLO

Sí.

FABIA

¿Qué enfermedad tiene?

TELLO

Amor.

FABIA

Amor ¿de quién?

TELLO

Allí está:

él, Fabia, te informará  
de lo que quiere mejor.

FABIA

Dios guarde tal gentileza.

Tello, ¿es la madre?

TELLO

La propria.

ALONSO

¡Oh Fabia! ¡Oh retrato, oh copia

de cuanto naturaleza

puso en ingenio mortal!

¡Oh peregrino doctor

y para enfermos de amor

Hipócrates celestial!

Dame a besar esa mano,

honor de las tocas, gloria

del monjil.

FABIA

La nueva historia

de tu amor cubriera en vano

vergüenza o respeto mío,

que ya en tus caricias veo

tu enfermedad.

ALONSO

Un deseo

es dueño de mi albedrío.

FABIA

El pulso de los amantes

es el rostro. Aojado estás.

¿Qué has visto?

ALONSO

Un ángel.

FABIA

¿Qué más?

ALONSO

Dos imposibles, bastantes,

Fabia, a quitarme el sentido:

que es dejarla de querer

y que ella me quiera.

FABIA

Ayer

te vi en la feria perdido

tras una cierta doncella,

que en forma de labradora

encubría el ser señora,

no el ser tan hermosa y bella;

que pienso que doña Inés

es de Medina la flor.

ALONSO

Acertaste con mi amor:

esa labradora es

fuego que me abrasa y arde.

FABIA

Alto has picado.

ALONSO

Es deseo  
de su honor.

FABIA

Así lo creo.

ALONSO

Escucha, así Dios te guarde.

Por la tarde salió Inés  
a la feria de Medina,  
tan hermosa, que la gente  
pensaba que amanecía.

Rizado el cabello en lazos;  
que quiso encubrir la liga,  
porque mal caerán las almas  
si ven las redes tendidas.

Los ojos, a lo valiente,  
iban perdonando vidas,  
aunque dicen los que deja  
que es dichoso a quien la quita.

Las manos haciendo tretas,  
que, como juego de esgrima,  
tiene tanta gracia en ellas,  
que señala las heridas.

Las valonas esquinadas  
en manos de nieve viva,  
que muñecas de papel  
se han de poner en esquinas.

Con la caja de la boca

allegaba infantería,  
porque, sin ser capitán,  
hizo gente por la villa.  
Los corales y las perlas  
dejó Inés, porque sabía  
que las llevaban mejores  
los dientes y las mejillas.  
Sobre un manteo francés  
una verdemar basquiña,  
porque tenga en otra lengua  
de su secreto la cifra.  
No pensaron las chinelas  
llevar de cuantos la miran  
los ojos en los listones,  
las almas en las virillas.  
No se vio florido almendro  
como toda parecía,  
que del olor natural  
son las mejores pastillas.  
Invisible fue con ella  
el Amor, muerto de risa  
de ver, como pescador,  
los simples peces que pican.  
Unos le prometen sartas  
y otros arracadas ricas;  
pero en oídos de áspid  
no hay arracadas que sirvan.  
Cuál a su garganta hermosa  
el collar de perlas finas;  
pero, como toda es perla,

poco las perlas estima.  
Yo, haciendo lengua los ojos,  
solamente le ofrecía  
a cada cabello un alma,  
a cada paso una vida.  
Mirándome sin hablarme,  
parece que me decía:  
«No os vais, don Alonso, a Olmedo,  
quedaos agora en Medina».  
Creí mi esperanza, Fabia...  
Salió esta mañana a misa,  
ya con galas de señora,  
no labradora fingida.  
Si has oído que el marfil  
del unicornio santigua  
las aguas, así el cristal  
de un dedo puso en la pila.  
Llegó mi amor basilisco,  
y salió del agua misma  
templado el veneno ardiente  
que procedió de su vista.  
Miró a su hermana, y entrambas  
se encontraron en la risa,  
acompañando mi amor  
su hermosura y mi porfía.  
En una capilla entraron;  
yo, que siguiéndolas iba,  
entré imaginando bodas:  
¡tanto quien ama imagina!  
Vime sentenciado a muerte,

porque el amor me decía:

«Mañana mueres, pues hoy  
te meten en la capilla».

En ella estuve turbado:

ya el guante se me caía,  
ya el rosario, que los ojos  
a Inés iban y venían.

No me pagó mal; sospecho,  
que bien conoció que había  
amor y nobleza en mí;  
que quien no piensa no mira,  
y mirar sin pensar, Fabia,  
es de inorantes, y implica  
contradicción que en un ángel  
faltase ciencia divina.

Con este engaño, en efeto,  
le dije a mi amor que escriba  
este papel; que si quieres  
ser dichosa y atrevida  
hasta ponerle en sus manos,  
para que mi fe consiga  
esperanzas de casarme  
(tan honesto amor me inclina),  
el premio será un esclavo,  
con una cadena rica,  
encomienda de esas tocas,  
de malcasadas envidia.

FABIA

Yo te he escuchado.

ALONSO

Y ¿qué sientes?

FABIA

Que a gran peligro te pones.

TELLO

Escusa, Fabia, razones,  
si no es que por dicha intentes,  
como diestro cirujano,  
hacer la herida mortal.

FABIA

Tello, con industria igual  
pondré el papel en su mano,  
aunque me cueste la vida,  
sin interés, porque entiendas  
que, donde hay tan altas prendas,  
sola yo fuera atrevida.

Muestra el papel, que primero  
le tengo de aderezar.

ALONSO

¿Con qué te podré pagar  
la vida, el alma que espero,  
Fabia, de esas santas manos?

TELLO

¿Santas?

ALONSO

¿Pues no, si han de hacer  
milagros?

TELLO

De Lucifer.

FABIA

Todos los medios humanos

tengo de intentar por ti,  
porque el darme esa cadena  
no es cosa que me da pena:  
más confiada nací.

TELLO

¿Qué te dice el memorial?

ALONSO

Ven, Fabia, ven, madre honrada,  
porque sepas mi posada.

FABIA

Tello...

TELLO

Fabia...

FABIA

No hables mal,  
que tengo cierta morena  
de estremado talle y cara...

TELLO

Contigo me contentara,  
si me dieras la cadena.

(Vanse, y salen DOÑA INÉS y DOÑA LEONOR.)

INÉS

Y todos dicen, Leonor,  
que nace de las estrellas.

LEONOR

De manera que, sin ellas,  
¿no hubiera en el mundo amor?

INÉS

Dime tú: si don Rodrigo  
ha que me sirve dos años,

y su talle y sus engaños  
son nieve helada conmigo,  
y en el instante que vi  
este galán forastero,  
me dijo el alma: «Éste quiero»,  
y yo le dije: «Sea así»,  
¿quién concierta y desconcierta  
este amor y desamor?

LEONOR

Tira como ciego Amor:  
yerra mucho y poco acierta.  
Demás que negar no puedo  
(aunque es de Fernando amigo  
tu aborrecido Rodrigo,  
por quien obligada quedo  
a intercederte por él)  
que el forastero es galán.

INÉS

Sus ojos causa me dan  
para ponerlos en él,  
pues pienso que en ellos vi  
el cuidado que me dio,  
para que mirase yo  
con el que también le di.  
Pero ya se habrá partido.

LEONOR

No le miro yo de suerte  
que pueda vivir sin verte.  
(ANA, criada.)

ANA

Aquí, señora, ha venido  
la Fabia... o la Fabiana.

INÉS

Pues ¿quién es esa mujer?

ANA

Una que suele vender  
para las mejillas grana  
y para la cara nieve.

INÉS

¿Quieres tú que entre, Leonor?

LEONOR

En casas de tanto honor  
no sé yo cómo se atreve,  
que no tiene buena fama;  
mas ¿quién no desea ver?

INÉS

Ana, llama esa mujer.

ANA

Fabia, mi señora os llama.  
(FABIA, con una canastilla.)

FABIA

Y ¡cómo si yo sabía  
que me habías de llamar!  
¡Ay! Dios os deje gozar  
tanta gracia y bizarría,  
tanta hermosura y donaire;  
que cada día que os veo  
con tanta gala y aseo  
y pisar de tan buen aire,  
os echo mil bendiciones;

y me acuerdo como agora  
de aquella ilustre señora,  
que con tantas perfecciones  
fue la fenis de Medina,  
fue el ejemplo de lealtad.  
¡Qué generosa piedad  
de eterna memoria digna!  
¡Qué de pobres la lloramos!  
¿A quién no hizo mil bienes?

INÉS

Dinos, madre, a lo que vienes.

FABIA

¡Qué de huérfanas quedamos  
por su muerte malograda,  
la flor de las Catalinas!  
Hoy la lloran mis vecinas,  
no la tienen olvidada.  
Y a mí, ¿qué bien no me hacía?  
¡Qué en agraz se la llevó  
la muerte! No se logró.  
Aún cincuenta no tenía.

INÉS

No llores, madre, no llores.

FABIA

No me puedo consolar,  
cuando le veo llevar  
a la muerte las mejores,  
y que yo me quedo acá.  
Vuestro padre, Dios le guarde,  
¿está en casa?

LEONOR

Fue esta tarde  
al campo.

FABIA

Tarde vendrá.

Si va a deciros verdades,  
-mozas sois, vieja soy yo...-,  
más de una vez me fió  
don Pedro sus mocedades;  
pero teniendo respeto  
a la que pudre, yo hacía,  
como quien se lo debía,  
mi obligación. En efeto,  
de diez mozas, no le daba  
cinco.

INÉS

¡Qué virtud!

FABIA

No es poco,  
que era vuestro padre un loco:  
cuanto vía, tanto amaba.  
Si sois de su condición,  
me admiro de que no estéis  
enamoradas. ¿No hacéis,  
niñas, alguna oración  
para casaros?

INÉS

No, Fabia.

Eso siempre será presto.

FABIA

Padre que se duerme en esto,  
mucho a sí mismo se agravia.

La fruta fresca, hijas mías,  
es gran cosa, y no aguardar  
a que la venga a arrugar  
la brevedad de los días.

Cuantas cosas imagino,  
dos solas, en mi opinión,  
son buenas, viejas.

LEONOR

¿Y son?

FABIA

Hija, el amigo y el vino.

¿Veisme aquí? Pues yo os prometo  
que fue tiempo en que tenía  
mi hermosura y bizarría  
más de algún galán sujeto.

¿Quién no alababa mi brío?

¡Dichoso a quien yo miraba!

Pues ¿qué seda no arrastraba?

¡Qué gasto, qué plato el mío!

Andaba en palmas, en andas.

Pues, ¡ay Dios!, si yo quería,

¿qué regalos no tenía

desta gente de hopalandas?

Pasó aquella primavera,

no entra un hombre por mi casa;

que, como el tiempo se pasa,

pasa la hermosura.

INÉS

Espera,

¿qué es lo que traes aquí?

FABIA

Niñerías que vender  
para comer, por no hacer  
cosas malas.

LEONOR

Hazlo así,  
madre, y Dios te ayudará.

FABIA

Hija, mi rosario y misa:  
esto, cuando estoy de prisa;  
que si no...

INÉS

Vuélvete aca.

¿Qué es esto?

FABIA

Papeles son  
de alcanfor y solimán.  
Aquí secretos están  
de gran consideración  
para nuestra enfermedad  
ordinaria.

LEONOR

Y esto ¿qué es?

FABIA

No lo mires, aunque estés  
con tanta curiosidad.

LEONOR

¿Qué es, por tu vida?

FABIA

Una moza

se quiere, niñas, casar;

mas acertóla a engañar

un hombre de Zaragoza.

Hase encomendado a mí,

soy piadosa... y, en fin, es

limosna, porque después

vivan en paz.

INÉS

¿Qué hay aquí?

FABIA

Polvos de dientes, jabones

de manos, pastillas, cosas

curiosas y provechosas.

INÉS

¿Y esto?

FABIA

Algunas oraciones.

¡Qué no me deben a mí

las ánimas!

INÉS

Un papel

hay aquí.

FABIA

Diste con él,

cual si fuera para ti.

Suéltale, no le has de ver,

bellaquilla, curiosilla.

INÉS

Deja, madre...

FABIA

Hay en la villa  
cierto galán bachiller  
que quiere bien una dama;  
prométeme una cadena  
porque le dé yo, con pena  
de su honor, recato y fama.  
Aunque es para casamiento,  
no me atrevo. Haz una cosa  
por mí, doña Inés hermosa,  
que es discreto pensamiento:  
respóndeme a este papel,  
y diré que me le ha dado  
su dama.

INÉS

Bien lo has pensado,  
si pescas, Fabia, con él  
la cadena prometida.  
Yo quiero hacerte este bien.

FABIA

Tantos los cielos te den,  
que un siglo alarguen tu vida.  
Lee el papel.

INÉS

Allá dentro,  
y te traeré la respuesta.

(Vase.)

LEONOR

¡Qué buena invención!

FABIA

¡Apresta,

fiero habitador del centro,

fuego accidental que abraza

el pecho desta doncella!

(Salen DON RODRIGO y DON FERNANDO.)

RODRIGO

Hasta casarme con ella,

será forzoso que pase

por estos inconvenientes.

FERNANDO

Mucho ha de sufrir quien ama.

RODRIGO

Aquí tenéis vuestra dama...

FABIA

¡Oh necios impertinentes!

¿Quién os ha traído aquí?

RODRIGO

Pero ¡en lugar de la mía,

aquella sombra!

FABIA

Sería

gran limosna para mí,

que tengo necesidad.

LEONOR

Yo haré que os pague mi hermana.

FERNANDO

Si habéis tomado, señora,

o por ventura os agrada

algo de lo que hay aquí

(si bien serán cosas bajas  
las que aquí puede traer  
esta venerable anciana,  
pues no serán ricas joyas  
para ofrecer la paga),  
mandadme que os sirva yo.

LEONOR

No habemos comprado nada;  
que es esta buena mujer  
quien suele lavar en casa  
la ropa.

RODRIGO

¿Qué hace don Pedro?

LEONOR

Fue al campo, pero ya tarda.

RODRIGO

¿Mi señora doña Inés...?

LEONOR

Aquí estaba... Pienso que anda  
despachando esta mujer.

RODRIGO

Si me vio por la ventana,  
¿quién duda que huyó por mí?

¿Tanto de ver se recata  
quien más servirla desea?

(Salga DOÑA INÉS.)

LEONOR

Ya sale. Mira que aguarda  
por la cuenta de la ropa  
Fabia.

INÉS

Aquí la traigo, hermana.

Tomad y haced que ese mozo  
la lleve.

FABIA

¡Dichosa el agua  
que ha de lavar, doña Inés,  
las reliquias de la holanda  
que tales cristales cubre!

(Lea.)

Seis camisas, diez toallas,  
cuatro tablas de manteles,  
dos cosidos de almohadas,  
seis camisas de señor,  
ocho sábanas... Mas basta,  
que todo vendrá más limpio  
que los ojos de la cara.

RODRIGO

Amiga, ¿queréis ferirme  
ese papel, y la paga  
fiad de mí, por tener  
de aquellas manos ingratas  
letra siquiera en las mías?

FABIA

¡En verdad que negociara  
muy bien si os diera el papel!  
Adiós, hijas de mi alma.

(Vase.)

RODRIGO

Esta memoria aquí había

de quedar, que no llevarla.

INÉS

Llévala y vuélvela, a efeto

de saber si algo le falta.

Mi padre ha venido ya.

Vuestas mercedes se vayan

o le visiten, que siente

que nos hablen, aunque calla.

RODRIGO

Para sufrir el desdén

que me trata desta suerte,

pido al amor y a la muerte

que algún remedio me den.

Al amor, porque también

puede templar tu rigor

con hacerme algún favor;

y a la muerte, porque acabe

mi vida; pero no sabe

la muerte, ni quiere amor.

Entre la vida y la muerte,

no sé qué medio tener,

pues amor no ha de querer

que con tu favor acierte;

y siendo fuerza quererte,

quiere el amor que te pida

que seas tú mi homicida.

Mata, ingrata, a quien te adora:

serás mi muerte, señora,

pues no quieres ser mi vida.

Cuanto vive, de amor nace

y se sustenta de amor;  
cuanto muere es un rigor  
que nuestras vidas deshace.  
Si al amor no satisface  
mi pena, ni la hay tan fuerte  
con que la muerte me acierte,  
debo de ser inmortal,  
pues no me hacen bien ni mal  
ni la vida ni la muerte.

(Vanse los dos.)

INÉS

¡Qué de necedades juntas!

LEONOR

No fue la tuya menor.

INÉS

¿Cuándo fue discreto amor,  
si del papel me preguntas?

LEONOR

¿Amor te obliga a escribir  
sin saber a quién?

INÉS

Sospecho  
que es invención que se ha hecho,  
para probarme a rendir,  
de parte del forastero.

LEONOR

Yo también lo imaginé.

INÉS

Si fue así, discreto fue.

Leerte unos versos quiero.

(Lea.)

«Yo vi la más hermosa labradora,  
en la famosa feria de Medina,  
que ha visto el sol adonde más se inclina  
desde la risa de la blanca aurora.

Una chinela de color que dora  
de una coluna hermosa y cristalina  
la breve basa, fue la ardiente mina  
que vuela el alma a la región que adora.

Que una chinela fuese vitoriosa,  
siendo los ojos del Amor enojos,  
confesé por hazaña milagrosa.

Pero díjele, dando los despojos:

“Si matas con los pies, Inés hermosa,  
¿qué dejas para el fuego de tus ojos?”»

LEONOR

Este galán, doña Inés,  
te quiere para danzar.

INÉS

Quiere en los pies comenzar  
y pedir manos después.

LEONOR

¿Qué respondiste?

INÉS

Que fuese  
esta noche por la reja  
del güerto.

LEONOR

¿Quién te aconseja,  
o qué desatino es ése?

INÉS

No para hablarle.

LEONOR

Pues ¿qué?

INÉS

Ven conmigo y lo sabrás.

LEONOR

Necia y atrevida estás.

INÉS

¿Cuándo el amor no lo fue?

LEONOR

Huir de amor cuando empieza...

INÉS

Nadie del primero huye,  
porque dicen que le influye  
la misma naturaleza.

(Vanse.)

(Salen DON ALONSO, TELLO y FABIA.)

FABIA

Cuatro mil palos me han dado.

TELLO

¡Lindamente negociaste!

FABIA

Si tú llevaras los medios...

ALONSO

Ello ha sido disparate  
que yo me atreviese al cielo.

TELLO

Y que Fabia fuese el ángel,  
que al infierno de los palos

cayese por levantarte.

FABIA

¡Ay, pobre Fabia!

TELLO

¿Quién fueron

los crueles sacristanes

del facistol de tu espalda?

FABIA

Dos lacayos y tres pajes.

Allá he dejado las tocas

y el monjil hecho seis partes.

ALONSO

Eso, madre, no importara,

si a tu rostro venerable

no se hubieran atrevido.

¡Oh, qué necio fui en fiarme

de aquellos ojos traidores,

de aquellos falsos diamantes,

niñas que me hicieron señas

para engañarme y matarme!

Yo tengo justo castigo.

Toma este bolsillo, madre...

y ensilla, Tello, que a Olmedo

nos hemos de ir esta tarde.

TELLO

¿Cómo, si anochece ya?

ALONSO

Pues ¿qué, quieres que me mate?

FABIA

No te aflijas, moscatel,

ten ánimo, que aquí trae

Fabia tu remedio. Toma.

ALONSO

¡Papel!

FABIA

Papel.

ALONSO

No me engaños.

FABIA

Digo que es suyo, en respuesta

de tu amoroso romance.

ALONSO

Hinca, Tello, la rodilla.

TELLO

Sin leer no me lo mandes,

que aun temo que hay palos dentro,

pues en mondadientes caben.

(Lea.)

ALONSO «Cuidadosa de saber si sois quien presumo, y deseando que lo seáis, os suplico que vais esta noche a la reja del jardín desta casa, donde hallaréis atado el listón verde de las chinelas, y ponéosle mañana en el sombrero para que os conozca».

FABIA

¿Qué te dice?

ALONSO

Que no puedo

pagarte ni encarecerte

tanto bien.

TELLO

Ya desta suerte

no hay que ensillar para Olmedo.

¿Oyen, señores rocines?

Sosiéguese, que en Medina  
nos quedamos.

ALONSO

La vecina  
noche, en los últimos fines  
con que va espirando el día,  
pone los helados pies.

Para la reja de Inés,  
aún importa bizarría,  
que podría ser que amor  
la llevase a ver tomar  
la cinta. Voyme a mudar.

(Vase.)

TELLO

Y yo a dar a mi señor,  
Fabia, con licencia tuya,  
aderezo de sereno.

FABIA

Detente.

TELLO

Eso fuera bueno,  
a ser la condición suya  
para vestirse sin mí.

FABIA

Pues bien le puedes dejar,  
porque me has de acompañar.

TELLO

¿A ti, Fabia?

FABIA

A mí.

TELLO

¿Yo?

FABIA

Sí,

que importa a la brevedad

de este amor.

TELLO

¿Qué es lo que quieres?

FABIA

Con los hombres, las mujeres

llevamos seguridad.

Una muela he menester

del salteador que ahorcaron

ayer.

TELLO

Pues ¿no le enterraron?

FABIA

No.

TELLO

Pues ¿qué quieres hacer?

FABIA

Ir por ella, y que conmigo

vayas solo acompañarme.

TELLO

Yo sabré muy bien guardarme

de ir a esos pasos contigo.

¿Tienes seso?

FABIA

Pues, gallina,  
adonde yo voy, ¿no irás?

TELLO

Tú, Fabia, enseñada estás  
a hablar al diablo.

FABIA

Camina.

TELLO

Mándame a diez hombres juntos  
temerario acuchillar,  
y no me mandes tratar  
en materia de difuntos.

FABIA

Si no vas, tengo de hacer  
que el propio venga a buscarte.

TELLO

¡Que tengo de acompañarte!  
¿Eres demonio o mujer?

FABIA

Ven, llevarás la escalera,  
que no entiendes destes casos.

TELLO

Quien sube por tales pasos,  
Fabia, el mismo fin espera.

(Salen DON FERNANDO y DON RODRIGO, en hábito de noche.)

FERNANDO

¿De qué sirve inútilmente  
venir a ver esta casa?

RODRIGO

Consuélase entre estas rejas,

don Fernando, mi esperanza.  
Tal vez sus hierros guarnece  
cristal de sus manos blancas;  
donde las pone de día,  
pongo yo de noche el alma;  
que cuanto más doña Inés  
con sus desdenes me mata,  
tanto más me enciende el pecho,  
así su nieve me abrasa.  
¡Oh rejas, enternecidas  
de mi llanto, quién pensara  
que un ángel endureciera  
quien vuestros hierros ablanda!  
¡Oíd! ¿Qué es lo que está aquí?

FERNANDO

En ellos mismos atada  
está una cinta o listón.

RODRIGO

Sin duda las almas atan  
a estos hierros, por castigo  
de los que su amor declaran.

FERNANDO

Favor fue de mi Leonor,  
tal vez por aquí me habla.

RODRIGO

Que no lo será de Inés  
dice mi desconfianza;  
pero, en duda de que es suyo,  
porque sus manos ingratas  
pudieron ponerle acaso,

basta que la fe me valga.

Dadme el listón.

FERNANDO

No es razón,

si acaso Leonor pensaba

saber mi cuidado ansí,

y no me le ve mañana.

RODRIGO

Un remedio se me ofrece.

FERNANDO

¿Cómo?

RODRIGO

Partirle.

FERNANDO

¿A qué causa?

RODRIGO

A que las dos nos le vean,

y sabrán con esta traza

que habemos venido juntos.

FERNANDO

Gente por la calle pasa.

(Salen DON ALONSO y TELLO, de noche.)

TELLO

Llega de presto a la reja;

mira que Fabia me aguarda

para un negocio que tiene

de grandísima importancia.

ALONSO

¡Negocio Fabia esta noche

contigo!

TELLO

Es cosa muy alta.

ALONSO

¿Cómo?

TELLO

Yo llevo escalera,

y ella...

ALONSO

¿Qué lleva?

TELLO

Tenazas.

ALONSO

Pues ¿qué habéis de hacer?

TELLO

Sacar

una dama de su casa.

ALONSO

Mira lo que haces, Tello:

no entres adonde no salgas.

TELLO

No es nada, por vida tuya.

ALONSO

Una doncella ¿no es nada?

TELLO

Es la muela del ladrón

que ahorcaron ayer.

ALONSO

Repara

en que acompañan la reja

dos hombres.

TELLO

¿Si están de guarda?

ALONSO

¡Qué buen listón!

TELLO

Ella quiso

castigarte.

ALONSO

¿No buscara,

si fui atrevido, otro estilo?

Pues advierta que se engaña.

Mal conoce a don Alonso,

que por excelencia llaman

«el Caballero de Olmedo».

¡Vive Dios, que he de mostrarla

a castigar de otra suerte

a quien la sirve!

TELLO

No hagas

algún disparate.

ALONSO

Hidalgos,

en las rejas de esa casa

nadie se arrima.

RODRIGO

¿Qué es esto?

FERNANDO

Ni en el talle ni en el habla

conozco este hombre.

RODRIGO

¿Quién es  
el que con tanta arrogancia  
se atreve a hablar?

ALONSO

El que tiene  
por lengua, hidalgos, la espada.

RODRIGO

Pues hallará quien castigue  
su locura temeraria.

TELLO

Cierra, señor, que no son  
muelas que a difuntos sacan.

(Retírenlos.)

ALONSO

No los sigas, bueno está.

TELLO

Aquí se quedó una capa.

ALONSO

Cógela y ven por aquí,  
que hay luces en las ventanas.

(Salen DOÑA LEONOR y DOÑA INÉS.)

INÉS

Apenas la blanca Aurora,  
Leonor, el pie de marfil  
puso en las flores de abril,  
que pinta, esmalta y colora,  
cuando a mirar el listón  
salí, de amor desvelada,  
y con la mano turbada  
di sosiego al corazón.

En fin, él no estaba allí.

LEONOR

Cuidado tuvo el galán.

INÉS

No tendrá los que me dan  
sus pensamientos a mí.

LEONOR

Tú, que fuiste el mismo yelo,  
¿en tan breve tiempo estas  
de esa suerte?

INÉS

No sé más  
de que me castiga el cielo.  
O es venganza o es vitoria  
de Amor en mi condición;  
parece que el corazón  
se me abrasa en su memoria:  
un punto sólo no puedo  
apartarla dél. ¿Qué haré?

(Sale DON RODRIGO, con el listón en el sombrero.)

RODRIGO

(Nunca, amor, imaginé  
que te sujetara el miedo.  
Ánimo para vivir,  
que aquí está Inés.) Al señor  
don Pedro busco.

INÉS

Es error  
tan de mañana acudir,  
que no estará levantado.

RODRIGO

Es un negocio importante.

INÉS

No he visto tan necio amante.

LEONOR

Siempre es discreto lo amado  
y necio lo aborrecido.

RODRIGO

¡Que de ninguna manera  
puedo agradar una fiera  
ni dar memoria a su olvido...!

INÉS

¡Ay, Leonor! No sin razón  
viene don Rodrigo aquí,  
si yo misma le escribí  
que fuese por el listón.

LEONOR

Fabia este engaño te ha hecho.

INÉS

Presto romperé el papel,  
que quiero vengarme en él  
de que ha dormido en mi pecho.

(Salen DON PEDRO, su padre, y DON FERNANDO.)

FERNANDO

Hame puesto por tercero  
para tratarlo con vos.

PEDRO

Pues hablaremos los dos  
en el concierto, primero.

FERNANDO

Aquí está, que siempre amor  
es reloj anticipado.

PEDRO

Habrále Inés concertado  
con la llave del favor.

FERNANDO

De lo contrario se agravia.

PEDRO

Señor don Rodrigo...

RODRIGO

Aquí  
vengo a que os sirváis de mí.

INÉS

Todo fue enredo de Fabia.

LEONOR

¿Cómo?

INÉS

¿No ves que también  
trae el listón don Fernando?

LEONOR

Si en los dos le estoy mirando,  
entrambos te quieren bien.

INÉS

Sólo falta que me pidas  
celos, cuando estoy sin mí.

LEONOR

¿Qué quieren tratar aquí?

INÉS

¿Ya las palabras olvidas  
que dijo mi padre ayer

en materia de casarme?

LEONOR

Luego bien puede olvidarme

Fernando, si él viene a ser.

INÉS

Antes presumo que son

entrambos los que han querido

casarse, pues han partido

entre los dos el listón.

PEDRO

Esta es materia que quiere

secreto y espacio; entremos

donde mejor la tratemos.

RODRIGO

Como yo ser vuestro espere,

no tengo más que tratar.

PEDRO

Aunque os quiero enamorado

de Inés, para el nuevo estado,

quien soy os ha de obligar.

(Vanse los tres.)

INÉS

¡Qué vana fue mi esperanza!

¡Qué loco mi pensamiento!

¡Yo papel a don Rodrigo!

¡Y tú de Fernando celos!

¡Oh forastero enemigo!

(Sale FABIA.)

¡Oh Fabia embustera!

FABIA

Quedo,  
que lo está escuchando Fabia.

INÉS

Pues ¿cómo, enemiga, has hecho  
un enredo semejante?

FABIA

Antes fue tuyo el enredo,  
si en aquel papel escribes  
que fuese aquel caballero  
por un listón de esperanza  
a las rejas de tu güerto,  
y en ellas pones dos hombres  
que le maten, aunque pienso  
que a no se haber retirado  
pagaran su loco intento.

INÉS

¡Ay, Fabia! Ya que contigo  
llego a declarar mi pecho,  
ya que a mi padre, a mi estado  
y a mi honor pierdo el respeto,  
dime: ¿es verdad lo que dices?  
Que siendo así, los que fueron  
a la reja le tomaron  
y por favor se le han puesto.  
De suerte estoy, madre mía,  
que no puedo hallar sosiego,  
si no es pensando en quien sabes.

FABIA

(¡Oh, qué bravo efeto hicieron  
los hechizos y conjuros!

La vitoria me prometo.)  
No te desconsueles, hija;  
vuelve en ti, que tendrás presto  
estado con el mejor  
y más noble caballero  
que agora tiene Castilla;  
porque será por lo menos  
el que por único llaman  
«el Caballero de Olmedo».

Don Alonso en una feria  
te vio, labradora Venus,  
haciendo las cejas arco  
y flecha los ojos bellos.  
Disculpa tuvo en seguirte,  
porque dicen los discretos  
que consiste la hermosura  
en ojos y entendimiento.

En fin, en las verdes cintas  
de tus pies llevastes presos  
los suyos, que ya el Amor  
no prende con los cabellos...

Él te sirve, tú le estimas;  
él te adora, tú le has muerto;  
él te escribe, tú respondes:  
¿quién culpa amor tan honesto?  
Para él tienen sus padres,  
porque es único heredero,  
diez mil ducados de renta;  
y aunque es tan mozo, son viejos.  
Déjate amar y servir

del más noble, del más cuerdo  
caballero de Castilla,  
lindo talle, lindo ingenio.

El Rey en Valladolid  
grandes mercedes le ha hecho,  
porque él solo honró las fiestas  
de su real casamiento.

Cuchilladas y lanzadas  
dio en los toros como un Héctor;  
treinta precios dio a las damas  
en sortijas y torneos.

Armado, parece Aquiles  
mirando de Troya el cerco;  
con galas parece Adonis...  
(¡Mejor fin le den los cielos!)

Vivirás bien empleada  
en un marido discreto.  
¡Desdichada de la dama  
que tiene marido necio!

INÉS

¡Ay, madre! Vuélvesme loca.  
Pero, ¡triste!, ¿cómo puedo  
ser suya, si a don Rodrigo  
me da mi padre don Pedro?  
Él y don Fernando están  
tratando mi casamiento.

FABIA

Los dos harán nulidad  
la sentencia de ese pleito.

INÉS

Está don Rodrigo allí.

FABIA

Eso no te cause miedo,  
pues es parte y no jüez.

INÉS

Leonor, ¿no me das consejo?

LEONOR

Y ¿estás tú para tomarle?

INÉS

No sé; pero no tratemos  
en público destas cosas.

FABIA

Déjame a mí tu suceso.

Don Alonso ha de ser tuyo;  
que serás dichosa, espero,  
con hombre que es en Castilla  
la gala de Medina,  
la flor de Olmedo.

FIN DEL PRIMER ACTO DEL CABALLERO DE OLMEDO.

## **ACTO SEGUNDO**

Personas del Acto Segundo.

DON ALONSO.

DON FERNANDO.

DON RODRIGO.

DON PEDRO.

FABIA.

DOÑA INÉS.

DOÑA LEONOR.  
TELLO.  
EL REY DON JUAN.  
EL CONDESTABLE.  
ANA.

(Salen TELLO y DON ALONSO.)

ALONSO

Tengo el morir por mejor,  
Tello, que vivir sin ver.

TELLO

Temo que se ha de saber  
este tu secreto amor;  
que con tanto ir y venir  
de Olmedo a Medina, creo  
que a los dos da tu deseo  
que sentir y aun que decir.

ALONSO

¿Cómo puedo yo dejar  
de ver a Inés, si la adoro?

TELLO

Guardándole más decoro  
en el venir y el hablar;  
que en ser a tercero día,  
pienso que te dan, señor,  
tercianas de amor.

ALONSO

Mi amor  
ni está ocioso, ni se enfría:  
siempre abrasa; y no permite

que esfuerce naturaleza  
un instante su flaqueza,  
porque jamás se remite.

Mas bien se ve que es león  
Amor; su fuerza, tirana;  
pues que con esta quartana  
se amansa mi corazón.

Es esta ausencia una calma  
de amor; porque si estuviera  
adonde siempre a Inés viera,  
fuera salamandra el alma.

TELLO

¿No te cansa y te amohína  
tanto entrar, tanto partir?

ALONSO

Pues yo ¿qué hago en venir,  
Tello, de Olmedo a Medina?  
Leandro pasaba un mar  
todas las noches, por ver  
si le podía beber  
para poderse templar;  
pues si entre Olmedo y Medina  
no hay, Tello, un mar, ¿qué me debe  
Inés?

TELLO

A otro mar se atreve  
quien al peligro camina  
en que Leandro se vio;  
pues a don Rodrigo veo  
tan cierto de tu deseo

como puedo estarlo yo;  
que, como yo no sabía  
cúya aquella capa fue,  
un día que la saqué...

ALONSO

¡Gran necedad!

TELLO

Como mía.

Me preguntó: «Diga, hidalgo,  
¿quién esta capa le dio?

Porque la conozco yo...»

Respondí: «Si os sirve en algo,  
daréla a un criado vuestro».

Con esto, descolorido,  
dijo: «Habíala perdido  
de noche un lacayo nuestro,  
pero mejor empleada  
está en vos; guardadla bien».

Y fuese a medio desdén,  
puesta la mano en la espada.

Sabe que te sirvo y sabe  
que la perdió con los dos.

Advierte, señor, por Dios,  
que toda esta gente es grave,  
y que están en su lugar,  
donde todo gallo canta.

Sin esto, también me espanta  
ver este amor comenzar  
por tantas hechicerías,  
y que cercos y conjuros

no son remedios seguros,  
si honestamente porfías.

Fui con ella (que no fuera)  
a sacar de un ahorcado  
una muela; puse a un lado,  
como arlequín, la escalera.  
Subió Fabia, quedé al pie,  
y díjome el salteador:

«Sube, Tello, sin temor,  
o, si no, yo bajaré».

¡San Pablo, allí me caí!  
Tan sin alma vine al suelo,  
que fue milagro del cielo  
el poder volver en mí.

Bajó, desperté turbado  
y de mirarme afligido,  
porque, sin haber llovido,  
estaba todo mojado.

ALONSO

Tello, un verdadero amor  
en ningún peligro advierte.

Quiso mi contraria suerte  
que hubiese competidor,  
y que trate, enamorado,  
casarse con doña Inés;  
pues ¿qué he de hacer, si me ves  
celoso y desesperado?

No creo en hechicerías,  
que todas son vanidades:  
quien con cierta voluntades,

son méritos y porfías.

Inés me quiere, yo adoro  
a Inés, yo vivo en Inés;  
todo lo que Inés no es  
desprecio, aborrezco, ignoro.

Inés es mi bien, yo soy  
esclavo de Inés; no puedo  
vivir sin Inés; de Olmedo  
a Medina vengo y voy,  
porque Inés mi dueño es  
para vivir o morir.

TELLO

Sólo te falta decir:

«Un poco te quiero, Inés».

¡Plega a Dios que por bien sea!

ALONSO

Llama, que es hora.

TELLO

Yo voy.

ANA

¿Quién es?

TELLO

¡Tan presto! Yo soy.

¿Está en casa Melibea?

Que viene Calisto aquí.

ANA

Aguarda un poco, Sempronio.

TELLO

¿Si haré falso testimonio?

(Sale DOÑA INÉS.)

INÉS

¿El mismo?

ANA

Señora, sí.

INÉS

¡Señor mío...!

ALONSO

Bella Inés,

esto es venir a vivir.

TELLO

Agora no hay que decir:

«Yo te lo diré después».

INÉS

¡Tello amigo!

TELLO

¡Reina mía!

INÉS

Nunca, Alonso de mis ojos,

por haberme dado enojos

esta ignorante porfía

de don Rodrigo, esta tarde,

he estimado que me vieses...

ALONSO

Aunque fuerza de obediencia

te hiciese tomar estado,

no he de estar desengañado

hasta escuchar la sentencia.

Bien el alma me decía,

y a Tello se lo contaba

cuando el caballo sacaba

-y el sol los que aguarda el día-,  
que de alguna novedad  
procedía mi tristeza,  
viniendo a ver tu belleza,  
pues me dices que es verdad.  
¡Ay de mí si ha sido así!

INÉS

No lo creas, porque yo  
diré a todo el mundo no,  
después que te dije sí.  
Tú sólo dueño has de ser  
de mi libertad y vida;  
no hay fuerza que el ser impida,  
don Alonso, tu mujer.  
Bajaba al jardín ayer,  
y como por don Fernando  
me voy de Leonor guardando,  
a las fuentes, a las flores  
estuve diciendo amores,  
y estuve también llorando.  
«Flores y aguas -les decía-,  
dichosa vida gozáis,  
pues, aunque noche pasáis,  
veis vuestro sol cada día».  
Pensé que me respondía  
la lengua de una azucena  
(¡qué engaños amor ordena!):  
«Si el sol que adorando estás  
viene de noche, que es más,  
Inés, ¿de qué tienes pena?»

TELLO

Así dijo a un ciego un griego  
que le contó mil disgustos:

«Pues tiene la noche gustos,  
¿para qué te quejas, ciego?»

INÉS

Como mariposa llego  
a estas horas, deseosa  
de tu luz... No mariposa,  
fénix ya, pues de una suerte  
me da vida y me da muerte  
llama tan dulce y hermosa.

ALONSO

¡Bien haya el coral, amén,  
de cuyas hojas de rosas  
palabras tan amorosas  
salen a buscar mi bien!  
Y advierte que yo también,  
cuando con Tello no puedo,  
mis celos, mi amor, mi miedo  
digo en tu ausencia a las flores.

TELLO

Yo le vi decir amores  
a los rábanos de Olmedo;  
que un amante suele hablar  
con las piedras, con el viento.

ALONSO

No puede mi pensamiento  
ni estar solo, ni callar;  
contigo, Inés, ha de estar,

contigo hablar y sentir.  
¡Oh, quién supiera decir  
lo que te digo en ausencia!  
Pero estando en tu presencia  
aun se me olvida el vivir.  
Por el camino le cuento  
tus gracias a Tello, Inés,  
y celebramos después  
tu divino entendimiento.  
Tal gloria en tu nombre siento,  
que una mujer recibí  
de tu nombre, porque así,  
llamándola todo el día,  
pienso, Inés, señora mía,  
que te estoy llamando a ti.

TELLO

Pues advierte, Inés discreta,  
de los dos tan nuevo efeto,  
que a él le has hecho discreto,  
y a mí me has hecho poeta.

Oye una glosa a un estribo  
que compuso don Alonso,  
a manera de responso,  
si los hay en muerto vivo.

En el valle a Inés  
la dejé riendo:  
si la ves, Andrés,  
dile cuál me ves  
por ella muriendo.

INÉS

¿Don Alonso la compuso?

TELLO

Que es buena jurarte puedo  
para poeta de Olmedo.

Escucha.

ALONSO

Amor lo dispuso.

TELLO

Andrés, después que las bellas  
plantas de Inés goza el valle,  
tanto florece con ellas,  
que quiso el cielo trocalle  
por sus flores sus estrellas.

Ya el valle es cielo, después  
que su primavera es,  
pues verá el cielo en el suelo  
quien vio -pues Inés es cielo-  
en el valle a Inés.

Con miedo y respeto estampo  
el pie donde el suyo huella;  
que ya Medina del Campo  
no quiere aurora más bella  
para florecer su campo.

Yo la vi de amor huyendo,  
cuanto miraba matando,  
su mismo desdén venciendo;  
y aunque me partí llorando,  
la dejé riendo.

Dile, Andrés, que ya me veo  
muerto por volverla a ver...

Aunque, cuando llegues, creo  
que no será menester,  
que me habrá muerto el deseo.  
No tendrás qué hacer después  
que a sus manos vengativas  
llegues, si una vez la ves,  
ni aun es posible que vivas,  
si la ves, Andrés.

Pero si matarte olvida  
por no hacer caso de ti,  
dile a mi hermosa homicida  
que por qué se mata en mí,  
pues que sabe que es mi vida.

Dile: «Cruel, no le des  
muerte, si vengada estás  
y te ha de pesar después».

Y pues no me has de ver más,  
dile cuál me ves.

Verdad es que se dilata  
el morir, pues con mirar  
vuelve a dar vida la ingrata,  
y así se cansa en matar,  
pues da vida a cuantos mata;  
pero muriendo o viviendo,  
no me pienso arrepentir  
de estarla amando y sirviendo;  
que no hay bien como vivir  
por ella muriendo.

INÉS

Si es tuya, notablemente

te has alargado en mentir

por don Alonso.

ALONSO

Es decir,

que mi amor en versos miente...

Pues, señora, ¿qué poesía

llegará a significar

mi amor?

INÉS

¡Mi padre!

ALONSO

¿Ha de entrar?

INÉS

Escondeos.

ALONSO

¿Dónde?

(Ellos se entran, y sale DON PEDRO.)

PEDRO

Inés mía,

¿Agora por recoger?

¿Cómo no te has acostado?

INÉS

Rezando, señor, he estado,

por lo que dijiste ayer,

rogando a Dios que me incline

a lo que fuere mejor.

PEDRO

Cuando para ti mi amor

imposibles imagine,

no pudiera hallar un hombre

como don Rodrigo, Inés.

INÉS

Ansí dicen todos que es  
de su buena fama el nombre;  
y habiéndome de casar,  
ninguno en Medina hubiera,  
ni en Castilla, que pudiera  
sus méritos igualar.

PEDRO

¿Cómo habiendo de casarte?

INÉS

Señor, hasta ser forzoso  
decir que ya tengo esposo,  
no he querido disgustarte.

PEDRO

¡Esposo! ¿Qué novedad  
es ésta, Inés?

INÉS

Para ti  
será novedad, que en mí  
siempre fue mi voluntad.  
Y, ya que estoy declarada,  
hazme mañana cortar  
un hábito, para dar  
fin a esta gala escusada;  
que así quiero andar, señor,  
mientras me enseñan latín.  
Leonor te queda, que al fin  
te dará nietos Leonor.  
Y por mi madre te ruego

que en esto no me repliques,  
sino que medios apliques  
a mi elección y sosiego.

Haz buscar una mujer  
de buena y santa opinión,  
que me dé alguna lición  
de lo que tengo de ser,  
y un maestro de cantar,  
que de latín sea también.

PEDRO

¿Eres tú quien habla, o quién?

INÉS

Esto es hacer, no es hablar.

PEDRO

Por una parte, mi pecho  
se enternece de escucharte,  
Inés, y por otra parte,  
de duro mármol le has hecho.  
En tu verde edad mi vida  
esperaba sucesión;  
pero si esto es vocación,  
no quiera Dios que lo impida.  
Haz tu gusto, aunque tu celo  
en esto no intenta el mío;  
que ya sé que el albedrío  
no presta obediencia al cielo.  
Pero porque suele ser  
nuestro pensamiento humano  
tal vez inconstante y vano,  
-y en condición de mujer,

que es fácil de persuadir,  
tan poca firmeza alcanza,  
que hay de mujer a mudanza  
lo que de hacer a decir-,  
mudar las galas no es justo,  
pues no pueden estorbar  
a leer latín o cantar,  
ni a cuanto fuere tu gusto.

Viste alegre y cortesana,  
que no quiero que Medina,  
si hoy te admirare divina,  
mañana te burle humana.

Yo haré buscar la mujer  
y quien te enseñe latín,  
pues a mejor padre, en fin,  
es más justo obedecer.

Y con esto, a Dios te queda;  
que, para no darte enojos,  
van a esconderse mis ojos  
adonde llorarte pueda.

(Vase, y salgan DON ALONSO y TELLO.)

INÉS

Pésame de haberle dado  
disgusto.

ALONSO

A mí no me pesa,  
por el que me ha dado el ver  
que nuestra muerte conciertas.

¡Ay, Inés! ¿Adónde hallaste  
en tal desdicha, en tal pena,

tan breve remedio?

INÉS

Amor

en los peligros enseña  
una luz por donde el alma  
posibles remedios vea.

ALONSO

Este ¿es remedio posible?

INÉS

Como yo agora le tenga  
para que este don Rodrigo  
no llegue al fin que desea,  
bien sabes que breves males  
la dilación los remedia;  
que no dejan esperanza,  
si no hay segunda sentencia.

TELLO

Dice bien, señor; que en tanto  
que doña Inés cante y lea,  
podéis dar orden los dos  
para que os valga la Iglesia.  
Sin esto, desconfiado  
don Rodrigo, no hará fuerza  
a don Pedro en la palabra,  
pues no tendrá por ofensa  
que le deje doña Inés  
por quien dice que le deja.  
También es linda ocasión  
para que yo vaya y venga  
con libertad a esta casa.

ALONSO

¡Libertad! ¿De qué manera?

TELLO

Pues ha de leer latín,  
¿no será fácil que pueda  
ser yo quien venga a enseñarla?  
¡Y verás con qué destreza  
la enseño a leer tus cartas!

ALONSO

¡Qué bien mi remedio piensas!

TELLO

Y aun pienso que podrá Fabia  
servirte en forma de dueña,  
siendo la santa mujer  
que con su falsa apariencia  
venga a enseñarla.

INÉS

Bien dices,  
Fabia será mi maestra  
de virtudes y costumbres.

TELLO

¡Y qué tales serán ellas!

ALONSO

Mi bien, yo temo que el día  
-que es amor dulce materia  
para no sentir las horas,  
que por los amantes vuelan-  
nos halle tan descuidados,  
que al salir de aquí me vean,  
o que sea fuerza quedarme.

¡Ay, Dios! ¡Qué dichosa fuerza!  
Medina a la Cruz de Mayo  
hace sus mayores fiestas:  
yo tengo que prevenir,  
que, como sabes, se acercan;  
que, fuera de que en la plaza  
quiero que galán me veas,  
de Valladolid me escriben  
que el rey don Juan viene a verlas;  
que en los montes de Toledo  
le pide que se entretenga  
el Condestable estos días,  
porque en ellos convalezca,  
y de camino, señora,  
que honre esta villa le ruega;  
y, así, es razón que le sirva  
la nobleza desta tierra.

Guárdete el cielo, mi bien.

INÉS

Espera, que a abrir la puerta  
es forzoso que yo vaya.

ALONSO

¡Ay luz! ¡Ay aurora necia,  
de todo amante envidiosa!

TELLO

Ya no aguardéis que amanezca.

ALONSO

¿Cómo?

TELLO

Porque es de día.

ALONSO

Bien dices, si a Inés me muestras.

Pero ¿cómo puede ser,

Tello, cuando el sol se acuesta?

TELLO

Tú vas de espacio, él aprisa;

apostaré que te quedas.

(Salen DON RODRIGO y DON FERNANDO.)

RODRIGO

Muchas veces había reparado,  
don Fernando, en aqueste caballero,  
del corazón solícito avisado.

El talle, el grave rostro, lo severo,  
celoso me obligaban a miralle.

FERNANDO

Efetos son de amante verdadero,  
que, en viendo otra persona de buen talle,  
tienen temor que si le ve su dama  
será posible o fuerza codicialle.

RODRIGO

Bien es verdad que él tiene tanta fama,  
que, por más que en Medina se encubría,  
el mismo aplauso popular le aclama.

Vi, como os dije, aquel mancebo, un día,  
que la capa perdida en la pendencia,  
contra el valor de mi opinión, traía.

Hice secretamente diligencia,  
después de hablarle, y satisfecho quedo  
que tiene esta amistad correspondencia.

Su dueño es don Alonso, aquel de Olmedo,

alanceador galán y cortesano,  
de quien hombres y toros tienen miedo.  
Pues si éste sirve a Inés, ¿qué intento en vano?  
O ¿cómo quiero yo, si ya le adora,  
que Inés me mire con semblante humano?

FERNANDO

¿Por fuerza ha de quererle?

RODRIGO

Él la enamora,  
y merece, Fernando, que le quiera.  
¿Qué he de pensar, si me aborrece agora?

FERNANDO

Son celos, don Rodrigo, una quimera  
que se forma de envidia, viento y sombra,  
con que lo incierto imaginado altera;  
una fantasma que de noche asombra,  
un pensamiento que a locura inclina,  
y una mentira que verdad se nombra.

RODRIGO

Pues ¿cómo tantas veces a Medina  
viene y va don Alonso? Y ¿a qué efeto  
es cédula de noche en una esquina?

Yo me quiero casar; vos sois discreto:  
¿qué consejo me dais, si no es matalle?

FERNANDO

Yo hago diferente mi conceto;  
que ¿cómo puede doña Inés amalle,  
si nunca os quiso a vos?

RODRIGO

Porque es respuesta

que tiene mayor dicha o mejor talle.

FERNANDO

Mas porque doña Inés es tan honesta,  
que aun la ofendéis con nombre de marido.

RODRIGO

Yo he de matar a quien vivir me cuesta  
en su desgracia, porque tanto olvido  
no puede proceder de honesto intento.  
Perdí la capa y perderé el sentido.

FERNANDO

Antes dejarla a don Alonso siento  
que ha sido como echársela en los ojos.  
Ejecutad, Rodrigo, el casamiento;  
llévese don Alonso los despojos,  
y la vitoria vos.

RODRIGO

Mortal desmayo  
cubre mi amor de celos y de enojos.

FERNANDO

Salid galán para la Cruz de Mayo,  
que yo saldré con vos; pues el Rey viene,  
las sillas piden el castaño y bayo.  
Menos aflige el mal que se entretiene.

RODRIGO

Si viene don Alonso, ya Medina  
¿qué competencia con Olmedo tiene?

FERNANDO

¡Qué loco estáis!

RODRIGO

Amor me desatina.

(Vanse.)

(Salen DON PEDRO, DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR.)

PEDRO

No porfíes.

INÉS

No podrás

mi propósito vencer.

PEDRO

Hija, ¿qué quieres hacer,

que tal veneno me das?

Tiempo te queda...

INÉS

Señor,

¿qué importa el hábito pardo,

si para siempre le aguardo?

LEONOR

Necia estás.

INÉS

Calla, Leonor.

LEONOR

Por lo menos estas fiestas

has de ver con galas.

INÉS

Mira

que quien por otras suspira

ya no tiene el gusto en estas.

Galas celestiales son

las que ya mi vida espera.

PEDRO

¿No basta que yo lo quiera?

INÉS

Obedecerte es razón.

(Sale FABIA, con un rosario y báculo y anteojos.)

FABIA

Paz sea en aquesta casa.

PEDRO

Y venga con vos.

FABIA

¿Quién es

la señora doña Inés,

que con el Señor se casa?

¿Quién es aquella que ya

tiene su esposo elegida,

y como a prenda querida

estos impulsos le da?

PEDRO

Madre honrada, esta que veis,

y yo su padre.

FABIA

Que sea

muchos años, y ella vea

el dueño que vos no veis.

Aunque en el Señor espero

que os ha de obligar piadoso

a que acetéis tal esposo,

que es muy noble caballero.

PEDRO

Y ¡cómo, madre, si lo es!

FABIA

Sabiendo que anda a buscar

quien venga a morigerar  
los verdes años de Inés,  
quien la guíe, quien la muestre  
las sémitas del Señor,  
y al camino del amor  
como a principianta adiestre,  
hice oración, en verdad,  
y tal impulso me dio,  
que vengo a ofrecerme yo  
para esta necesidad,  
aunque soy gran pecadora.

PEDRO

Esta es la mujer, Inés,  
que has menester.

INÉS

Esta es  
la que he menester agora.  
Madre, abrázame.

FABIA

Quedito,  
que el silicio me hace mal.

PEDRO

No he visto humildad igual.

LEONOR

En el rostro trae escrito  
lo que tiene el corazón.

FABIA

¡Oh, qué gracia! ¡Oh, qué belleza!  
Alcance tu gentileza  
mi deseo y bendición.

¿Tienes oratorio?

INÉS

Madre,

comienzo a ser buena agora.

FABIA

Como yo soy pecadora,  
estoy temiendo a tu padre.

PEDRO

No le pienso yo estorbar  
tan divina vocación.

FABIA

En vano, infernal dragón,  
la pensabas devorar.

No ha de casarse en Medina:

monasterio tiene Olmedo;

Domine, si tanto puedo,  
ad iuvandum me festina.

PEDRO

Un ángel es la mujer.

(Sale TELLO, de gorrón.)

TELLO

Si con sus hijas está,  
yo sé que agradecerá  
que yo me venga a ofrecer.

El maestro que buscáis  
está aquí, señor don Pedro,  
para latín y otras cosas,  
que dirá después su efeto.

Que buscáis un estudiante  
en la iglesia me dijeron,

porque ya desta señora  
se sabe el honesto intento.  
Aquí he venido a serviros,  
puesto que soy forastero,  
si valgo para enseñarla.

PEDRO

Ya creo y tengo por cierto,  
viendo que todo se junta,  
que fue voluntad del cielo.  
En casa puede quedarse  
la madre, y este mancebo  
venir a darte lición.  
Concertadlo, mientras vuelvo.

¿De dónde es, galán?

TELLO

Señor, soy calahorreño.

PEDRO

¿Su nombre?

TELLO

Martín Peláez.

PEDRO

Del Cid debe de ser deudo.

¿Dónde estudió?

TELLO

En La Coruña,  
y soy por ella maestro.

PEDRO

¿Ordenóse?

TELLO

Sí, señor,

de vísperas.

PEDRO

Luego vengo.

TELLO

¿Eres Fabia?

FABIA

¿No lo ves?

LEONOR

Y ¿tú Tello?

INÉS

¡Amigo Tello!

LEONOR

¿Hay mayor bellaquería?

INÉS

¿Qué hay de don Alonso?

TELLO

¿Puedo

fiar de Leonor?

INÉS

Bien puedes.

LEONOR

Agraviara Inés mi pecho  
y mi amor, si me tuviera  
su pensamiento encubierto.

TELLO

Señora, para servirte,  
está don Alonso bueno;  
para las fiestas de mayo,  
tan cerca ya, previniendo  
galas, caballos, jaeces,

lanza y rejonos; que pienso  
que ya le tiemblan los toros.  
Una adarga habemos hecho,  
si se conciertan las cañas,  
como de mi raro ingenio.  
Allá la verás, en fin.

INÉS

¿No me ha escrito?

TELLO

Soy un necio.

Esta, señora, es la carta.

INÉS

Bésola de porte y leo.

(DON PEDRO vuelve.)

PEDRO

Pues pon el coche, si está  
malo el alazán. ¿Qué es esto?

TELLO

Tu padre. Haz que lees, y yo  
haré que latín te enseñe.

Dominus...

INÉS

Dominus...

TELLO

Diga.

INÉS

¿Cómo más?

TELLO

Dominus meus.

INÉS

Dominus meus.

TELLO

Ansí,

poco a poco iré leyendo.

PEDRO

¿Tan presto tomas lición?

INÉS

Tengo notable deseo.

PEDRO

Basta; que a decir, Inés,  
me envía el Ayuntamiento  
que salga a las fiestas yo.

INÉS

Muy discretamente han hecho,  
pues viene a la fiesta el Rey.

PEDRO

Pues sea, con un concierto:  
que has de verlas con Leonor.

INÉS

Madre, dígame si puedo  
verlas sin pecar.

FABIA

Pues ¿no?

No escrupulices en eso,  
como algunos, tan mirlados,  
que piensan, de circunspectos,  
que en todo ofenden a Dios,  
y olvidados de que fueron  
hijos de otros, como todos,  
cualquiera entretenimiento

que los trabajos olvide  
tienen por notable exceso.  
Y aunque es justo moderarlos,  
doy licencia, por lo menos  
para estas fiestas, por ser  
iugatoribus paternus.

PEDRO

Pues vamos, que quiero dar  
dineros a tu maestro,  
y a la madre para un manto.

FABIA

A todos cubra el del cielo.  
Y vos, Leonor, ¿no seréis  
como vuestra hermana presto?

LEONOR

Sí, madre, porque es muy justo  
que tome tan santo ejemplo.

(Sale el rey DON JUAN, con acompañamiento, y el CONDESTABLE)

REY

No me traigáis al partir  
negocios que despachar.

CONDESTABLE

Contienen sólo firmar;  
no has de ocuparte en oír.

REY

Decid con mucha presteza.

CONDESTABLE

¿Han de entrar?

REY

Ahora no.

CONDESTABLE

Su Santidad concedió  
lo que pidió Vuestra Alteza  
por Alcántara, señor.

REY

Que mudase le pedí  
el hábito, porque así  
pienso que estará mejor.

CONDESTABLE

Era aquel traje muy feo.

REY

Cruz verde pueden traer.  
Mucho debo agradecer  
al Pontífice el deseo  
que de nuestro aumento muestra,  
con que irán siempre adelante  
estas cosas del Infante  
en cuanto es de parte nuestra.

CONDESTABLE

Éstas son dos provisiones,  
y entrambas notables son.

REY

¿Qué contienen?

CONDESTABLE

La razón  
de diferencia que pones  
entre los moros y hebreos  
que en Castilla han de vivir.

REY

Quiero con esto cumplir,

Condestable, los deseos  
de fray Vicente Ferrer,  
que lo ha deseado tanto.

CONDESTABLE

Es un hombre docto y santo.

REY

Resolví con él ayer  
que en cualquiera reino mío  
donde mezclados están,  
a manera de gabán  
traiga un tabardo el judío  
con una señal en él,  
y un verde capuz el moro.

Tenga el cristiano el decoro  
que es justo: apártese dél;  
que con esto tendrán miedo  
los que su nobleza infaman.

CONDESTABLE

A don Alonso, que llaman  
«el Caballero de Olmedo»,  
hace Vuestra Alteza aquí  
merced de un hábito.

REY

Es hombre  
de notable fama y nombre.  
En esta villa le vi  
cuando se casó mi hermana.

CONDESTABLE

Pues pienso que determina,  
por servirte, ir a Medina

a las fiestas de mañana.

REY

Decidle que fama emprenda  
en el arte militar,  
porque yo le pienso honrar  
con la primera encomienda.

(Vanse.)

(Sale DON ALONSO.)

ALONSO

¡Ay, riguroso estado,  
ausencia mi enemiga,  
que dividiendo el alma  
puedes dejar la vida!

¡Cuán bien por tus efectos  
te llaman muerte viva,  
pues das vida al deseo  
y matas a la vista!

¡Oh, cuán piadosa fueras,  
si al partir de Medina  
la vida me quitaras  
como el alma me quitas!

En ti, Medina, vive  
aquella Inés divina,  
que es honra de la corte  
y gloria de la villa.

Sus alabanzas cantan  
las aguas fugitivas,  
las aves, que la escuchan,  
las flores, que la imitan.

Es tan bella, que tiene

envidia de sí misma,  
pudiendo estar segura  
que el mismo sol la envidia;  
pues no la ve más bella,  
por su dorada cinta,  
ni cuando viene a España,  
ni cuando va a las Indias.

Yo merecí quererla.

¡Dichosa mi osadía!,  
que es merecer sus penas  
calificar mis dichas.

Cuando pudiera verla,  
adorarla y servirla,  
la fuerza del secreto  
de tanto bien me priva.

Cuando mi amor no fuera  
de fe tan pura y limpia,  
las perlas de sus ojos  
mi muerte solicitan.

Llorando por mi ausencia  
Inés quedó aquel día,  
que sus lágrimas fueron  
de sus palabras firma.

Bien sabe aquella noche  
que pudiera ser mía.

Cobarde amor, ¿qué aguardas,  
cuando respetos miras?

¡Ay, Dios, qué gran desdicha,  
partir el alma y dividir la vida!

(Sale TELLO.)

TELLO

¿Merezco ser bien llegado?

ALONSO

No sé si diga que sí,  
que me has tenido sin mí  
con lo mucho que has tardado.

TELLO

Si por tu remedio ha sido,  
¿en qué me puedes culpar?

ALONSO

¿Quién me puede remediar,  
si no es a quien yo le pido?

¿No me escribe Inés?

TELLO

Aquí  
te traigo cartas de Inés.

ALONSO

Pues hablarásme después  
en lo que has hecho por mí.

(Lea.)

«Señor mío, después que os partistes no he vivido; que sois tan cruel, que aun no me dejáis vida cuando os vais».

TELLO

¿No lees más?

ALONSO

No.

TELLO

¿Por qué?

ALONSO

Porque manjar tan süave

de una vez no se me acabe.

Hablemos de Inés.

TELLO

Llegué

con media sotana y guantes,  
que parecía de aquellos  
que hacen en solos los cuellos  
ostentación de estudiantes.

Encajé salutación,  
verbosa filatería,  
dando a la bachillería  
dos piensos de discreción;  
y volviendo el rostro, vi  
a Fabia...

ALONSO

Espera, que leo  
otro poco; que el deseo  
me tiene fuera de mí.

(Lea.)

«Todo lo que dejastes ordenado se hizo; sólo no se hizo que viviese yo sin vos, porque no lo dejasteis ordenado».

TELLO

¿Es aquí contemplación?

ALONSO

Dime cómo hizo Fabia  
lo que dice Inés.

TELLO

Tan sabia  
y con tanta discreción,  
melindre y hipocresía,

que me dieron que temer  
algunos que suelo ver  
cabizbajos todo el día.  
De hoy más quedaré advertido  
de lo que se ha de creer  
de una hipócrita mujer  
y un ermitaño fingido.  
Pues si me vieras a mí  
con el semblante mirlado,  
dijeras que era traslado  
de un reverendo alfaquí.  
Creyóme el viejo, aunque en él  
se ve de un Catón retrato.

ALONSO

Espera, que ha mucho rato  
que no he mirado el papel.  
(Lea.)

«Daos prisa a venir, para que sepáis cómo quedo cuando os partís y cómo  
estoy cuando volvéis».

TELLO

¿Hay otra estación aquí?

ALONSO

En fin, tú hallaste lugar  
para entrar y para hablar.

TELLO

Estudiaba Inés en ti,  
que eras el latín, señor,  
y la lición que aprendía.

ALONSO

Leonor ¿qué hacía?

TELLO

Tenía

envidia de tanto amor,  
porque se daba a entender  
que de ser amado eres  
digno: que muchas mujeres  
quieren porque ven querer;  
que en siendo un hombre querido  
de alguna con grande afecto,  
piensan que hay algún secreto  
en aquel hombre escondido;  
y engáñanse, porque son  
correspondencias de estrellas.

ALONSO

Perdonadme, manos bellas,  
que leo el postrer renglón.

(Lea.)

«Dicen que viene el Rey a Medina, y dicen verdad, pues habéis de venir  
vos, que sois rey mío».

Acabóseme el papel.

TELLO

Todo en el mundo se acaba.

ALONSO

Poco dura el bien.

TELLO

En fin,

le has leído por jornadas.

ALONSO

Espera, que aquí a la margen  
vienen dos o tres palabras.

(Lea.)

«Poneos esa banda al cuello.

¡Ay, si yo fuera la banda!»

TELLO

¡Bien dicho, por Dios, y entrar  
con doña Inés en la plaza!

ALONSO

¿Dónde está la banda, Tello?

TELLO

A mí no me han dado nada.

ALONSO

¿Cómo no?

TELLO

Pues ¿qué me has dado?

ALONSO

Ya te entiendo: luego saca  
a tu elección un vestido.

TELLO

Ésta es la banda.

ALONSO

Estremada.

TELLO

Tales manos la bordaron.

ALONSO

Demos orden que me parta.

Pero ¡ay, Tello!

TELLO

¿Qué tenemos?

ALONSO

De decirte me olvidaba

unos sueños que he tenido.

TELLO

¿Agora en sueños reparas?

ALONSO

No los creo, claro está;  
pero dan pena.

TELLO

Eso basta.

ALONSO

No falta quien llama a algunos  
revelaciones del alma.

TELLO

¿Qué te puede suceder  
en una cosa tan llana  
como quererte casar?

ALONSO

Hoy, Tello, al salir el alba,  
con la inquietud de la noche,  
me levanté de la cama,  
abrí la ventana aprisa,  
y mirando flores y aguas  
que adornan nuestro jardín,  
sobre una verde retama  
veo ponerse un jilguero,  
cuyas esmaltadas alas  
con lo amarillo añadían  
flores a las verdes ramas.  
Y estando al aire trinando  
de la pequeña garganta  
con naturales pasajes

las quejas enamoradas,  
sale un azor de un almendro,  
adonde escondido estaba,  
y como eran en los dos  
tan desiguales las armas,  
tiñó de sangre las flores,  
plumas al aire derrama.

Al triste chillido, Tello,  
débiles ecos del aura  
respondieron, y, no lejos,  
lamentando su desgracia,  
su esposa, que en un jazmín  
la tragedia viendo estaba.

Yo, midiendo con los sueños  
estos avisos del alma,  
apenas puedo alentarme;  
que con saber que son falsas  
todas estas cosas, tengo  
tan perdida la esperanza,  
que no me aliento a vivir.

TELLO

Mal a doña Inés le pagas  
aquella heroica firmeza  
con que atrevida contrasta  
los golpes de la fortuna.

Ven a Medina y no hagas  
caso de sueños ni agüeros,  
cosas a la fe contrarias.

Lleva el ánimo que sueles,  
caballos, lanzas y galas,

mata de envidia los hombres,  
mata de amores las damas.  
Doña Inés ha de ser tuya,  
a pesar de cuantos tratan  
dividiros a los dos.

ALONSO

Bien dices, Inés me aguarda:  
vamos a Medina alegres.  
Las penas anticipadas  
dicen que matan dos veces,  
y a mí sola Inés me mata,  
no como pena, que es gloria.

TELLO

Tú me verás en la plaza  
hincar de rodillas toros  
delante de sus ventanas.

FIN DEL SEGUNDO ACTO DEL CABALLERO DE OLMEDO.

### **ACTO TERCERO**

Personas del Acto Tercero.

DON FERNANDO.

DON RODRIGO.

DON PEDRO.

DON ALONSO.

EL REY.

EL CONDESTABLE.

DOÑA INÉS.

DOÑA LEONOR.

MENDO,criado.

UNA SOMBRA.

UN LABRADOR.

FABIA.

TELLO.

(Suenen atabales y entren con lacayos y rejonos DON RODRIGO y DON FERNANDO.)

RODRIGO

Poca dicha.

FERNANDO

Malas suertes.

RODRIGO

¡Qué pesar!

FERNANDO

¡Qué se ha de hacer!

RODRIGO

Brazo, ya no puede ser  
que en servir a Inés aciertes.

FERNANDO

Corrido estoy.

RODRIGO

Yo, turbado.

FERNANDO

Volvamos a porfiar.

RODRIGO

Es imposible acertar  
un hombre tan desdichado.  
Para el de Olmedo, en efeto,  
guardó suertes la fortuna.

FERNANDO

No ha errado el hombre ninguna.

RODRIGO

Que la ha de errar os prometo.

FERNANDO

Un hombre favorecido,  
Rodrigo, todo lo acierta.

RODRIGO

Abrióle el amor la puerta,  
y a mí, Fernando, el olvido.  
Fuera desto, un forastero  
luego se lleva los ojos.

FERNANDO

Vos tenéis justos enojos.  
Él es galán caballero,  
mas no para escurecer  
los hombres que hay en Medina.

RODRIGO

La patria me desatina;  
mucho parece mujer  
en que lo propio desprecia  
y de lo ajeno se agrada.

FERNANDO

De siempre ingrata culpada:  
son ejemplos Roma y Grecia.  
(Dentro, ruido de pretales y voces.)

HOMBRE .º

¡Brava suerte!

HOMBRE .º

¡Con qué gala  
quebró el rejón!

FERNANDO

¿Qué aguardamos?

Tomemos caballos.

RODRIGO

Vamos.

HOMBRE .º

Nadie en el mundo le iguala.

FERNANDO

¿Oyes esa voz?

RODRIGO

No puedo

sufrirlo.

FERNANDO

Aún no lo encareces.

HOMBRE .º

¡Vitor setecientas veces

el Caballero de Olmedo!

RODRIGO

¿Qué suerte quieres que aguarde,

Fernando, con estas voces?

FERNANDO

Es vulgo, ¿no le conoces?

HOMBRE .º

Dios te guarde, Dios te guarde

RODRIGO

¿Qué más dijeran al Rey?

Mas bien hacen: digan, rueguen

que hasta el fin sus dichas lleguen.

FERNANDO

Fue siempre bárbara ley

seguir aplauso vulgar  
las novedades.

RODRIGO

Él viene  
a mudar caballo.

FERNANDO

Hoy tiene  
la fortuna en su lugar.

(Salen TELLO, con rejón y librea, y DON ALONSO.)

TELLO

¡Valientes suertes, por Dios!

ALONSO

Dame, Tello, el alazán.

TELLO

Todos el lauro nos dan.

ALONSO

¿A los dos, Tello?

TELLO

A los dos;  
que tú a caballo, y yo a pie,  
nos habemos igualado.

ALONSO

¡Qué bravo, Tello, has andado!

TELLO

Seis toros desjarreté,  
como si sus piernas fueran  
rábanos de mi lugar.

FERNANDO

Volvamos, Rodrigo, a entrar,  
que por dicha nos esperan,

aunque os parece que no.

RODRIGO

A vos, don Fernando, sí;  
a mí no, si no es que a mí  
me esperan para que yo  
haga suertes que me afrenten,  
o que algún toro me mate  
o me arrastre o me maltrate  
donde con risa lo cuenten.

(Vanse los dos.)

TELLO

Aquéllos te están mirando.

ALONSO

Ya los he visto envidiosos  
de mis dichas, y aun celosos  
de mirarme a Inés mirando.

TELLO

¡Bravos favores te ha hecho  
con la risa!: que la risa  
es lengua muda que avisa  
de lo que pasa en el pecho.  
No pasabas vez ninguna,  
que arrojar no se quería  
del balcón.

ALONSO

¡Ay, Inés mía!

¡Si quisiese la fortuna  
que a mis padres les llevase  
tal prenda de sucesión!

TELLO

Sí harás, como la ocasión  
deste don Rodrigo pase;  
porque satisfecho estoy  
de que Inés por ti se abrasa.

ALONSO

Fabia se ha quedado en casa;  
mientras una vuelta doy  
a la plaza, ve corriendo  
y di que esté prevenida  
Inés, porque en mi partida  
la pueda hablar, advirtiéndole  
que, si esta noche no fuese  
a Olmedo, me han de contar  
mis padres por muerto: y dar  
ocasión, si no los viese,  
a esta pena, no es razón;  
tengan buen sueño, que es justo.

TELLO

Bien dices: duerman con gusto,  
pues es forzosa ocasión  
de temer y de esperar.

ALONSO

Yo entro.

(Vase DON ALONSO.)

TELLO

Guárdete el cielo.  
Pues puedo hablar sin recelo,  
a Fabia quiero llegar.  
Traigo cierto pensamiento  
para coger la cadena

a esta vieja, aunque con pena  
de su astuto entendimiento.

No supo Circe, Medea,  
ni Hécate, lo que ella sabe;  
tendrá en el alma una llave  
que de treinta vueltas sea.

Mas no hay maestra mejor  
que decirle que la quiero,  
que es el remedio primero  
para una mujer mayor;  
que con dos razones tiernas  
de amores y voluntad,  
presumen de mocedad  
y piensa que son eternas.

Acabóse. Llego, llamo.

Fabia... Pero soy un necio;  
que sabrá que el oro precio  
y que los años desamo,  
porque se lo ha de decir  
el de las patas de gallo.

(Sale FABIA.)

FABIA

¡Jesús, Tello! ¿Aquí te hallo?

¡Qué buen modo de servir  
a don Alonso! ¿Qué es esto?  
¿Qué ha sucedido?

TELLO

No alteres  
lo venerable, pues eres  
causa de venir tan presto;

que por verte anticipé  
de don Alonso un recado.

FABIA

¿Cómo ha andado?

TELLO

Bien ha andado,  
porque yo le acompañé.

FABIA

¡Estremado fanfarrón!

TELLO

Pregúntalo al Rey, verás  
cuál de los dos hizo más;  
que se echaba del balcón  
cada vez que yo pasaba.

FABIA

¡Bravo favor!

TELLO

Más quisiera  
los tuyos.

FABIA

¡Oh, quién te viera!

TELLO

Esa hermosura bastaba  
para que yo fuera Orlando.

¿Toros de Medina a mí?

¡Vive el cielo!, que les di  
reveses, desjarretando,  
de tal aire, de tal casta,  
en medio del regocijo,  
que hubo toro que me dijo:

«Basta, señor Tello, basta».

«No basta», le dije yo,  
y eché de un tajo volado  
una pierna en un tejado.

FABIA

Y ¿cuántas tejas quebró?

TELLO

Eso al dueño, que no a mí.  
Dile, Fabia, a tu señora,  
que ese mozo que la adora  
vendrá a despedirse aquí;  
que es fuerza volverse a casa,  
porque no piensen que es muerto  
sus padres. Esto te advierto.  
Y porque la fiesta pasa  
sin mí, y el Rey me ha de echar  
menos -que en efeto soy  
su toricida-, me voy  
a dar materia al lugar  
de vítores y de aplauso,  
si me das algún favor.

FABIA

¿Yo favor?

TELLO

Paga mi amor.

FABIA

¿Que yo tus hazañas causo?

Basta, que no lo sabía.

¿Qué te agrada más?

TELLO

Tus ojos.

FABIA

Pues daréte sus antojos.

TELLO

Por caballo, Fabia mía,  
quedo confirmado ya.

FABIA

Propio favor de lacayo.

TELLO

Más castaño soy que bayo.

FABIA

Mira cómo andas allá,  
que esto de ne nos inducas  
suelen causar los refrescos:  
no te quite los greguescos  
algún mozo de San Lucas;  
que será notable risa,  
Tello, que, donde lo vea  
todo el mundo, un toro sea  
sumiller de tu camisa.

TELLO

Lo atacado y el cuidado  
volverán por mi decoro.

FABIA

Para un desgarro de un toro,  
¿qué importa estar atacado?

TELLO

Que no tengo a toros miedo.

FABIA

Los de Medina hacen riza,

porque tienen ojeriza  
con los lacayos de Olmedo.

TELLO

Como éstos ha derribado,  
Fabia, este brazo español.

FABIA

¡Más que te ha de dar el sol  
adonde nunca te ha dado!

(Ruido de plaza y grito, y digan dentro:)

HOMBRE .º

Cayó don Rodrigo.

ALONSO

¡Fuera!

HOMBRE .º

¡Qué gallardo, qué animoso  
don Alonso le socorre!

HOMBRE .º

Ya se apea don Alonso.

HOMBRE .º

¡Qué valientes cuchilladas!

HOMBRE .º

Hizo pedazos el toro.

(Salgan los dos, y DON ALONSO teniéndole.)

ALONSO

Aquí tengo yo caballo;  
que los vuestros van furiosos  
discurriendo por la plaza.

Ánimo.

RODRIGO

Con vos le cobro.

La caída ha sido grande.

ALONSO

Pues no será bien que al coso  
volváis; aquí habrá criados  
que os sirvan, porque yo torno  
a la plaza. Perdonadme,  
porque cobrar es forzoso  
el caballo que dejé.

(Vase, y sale DON FERNANDO.)

FERNANDO

¿Qué es esto? ¡Rodrigo, y solo!  
¿Cómo estáis?

RODRIGO

Mala caída,  
mal suceso, malo todo;  
pero más deber la vida  
a quien me tiene celoso  
y a quien la muerte deseo.

FERNANDO

¡Que sucediese a los ojos  
del Rey y que viese Inés  
que aquel su galán dichoso  
hiciese el toro pedazos  
por libraros!

RODRIGO

Estoy loco.  
No hay hombre tan desdichado,  
Fernando, de polo a polo.  
¡Qué de afrentas, qué de penas,  
qué de agravios, qué de enojos,

qué de injurias, qué de celos,  
qué de agüeros, qué de asombros!  
Alcé los ojos a ver  
a Inés, por ver si piadoso  
mostraba el semblante entonces  
que como un gran necio adoro;  
y veo que no pudiera  
mirar Nerón riguroso  
desde la torre Tarpeya  
de Roma el incendio, como  
desde el balcón me miraba;  
y que luego, en vergonzoso  
clavel de púrpura fina  
bañado el jazmín del rostro,  
a don Alonso miraba,  
y que por los labios rojos  
pagaba en perlas el gusto  
de ver que a sus pies me postro,  
de la fortuna arrojado  
-y de la suya envidioso-.

Mas ¡vive Dios que la risa,  
primero que la de Apolo  
alegre el Oriente y bañe  
el aire de átomos de oro,  
se le ha de trocar en llanto,  
si hallo al hidalguillo loco  
entre Medina y Olmedo!

FERNANDO

Él sabrá ponerse en cobro.

RODRIGO

Mal conocéis a los celos.

FERNANDO

¿Quién sabe que no son monstruos?

Mas lo que ha de importar mucho

no se ha de pensar tan poco.

(Salen el REY, el CONDESTABLE y criados.)

REY

Tarde acabaron las fiestas;

pero ellas han sido tales,

que no las he visto iguales.

CONDESTABLE

Dije a Medina que aprestas

para mañana partir;

mas tiene tanto deseo

de que veas el torneo

con que te quiere servir,

que me ha pedido, Señor,

que dos días se detenga

Vuestra Alteza.

REY

Cuando venga,

pienso que será mejor.

CONDESTABLE

Haga este gusto a Medina

Vuestra Alteza.

REY

Por vos sea,

aunque el Infante desea

-con tanta prisa camina-

estas vistas de Toledo

para el día concertado.

CONDESTABLE

Galán y bizarro ha estado  
el caballero de Olmedo.

REY

¡Buenas suertes, Condestable!

CONDESTABLE

No sé en él cuál es mayor,  
la ventura o el valor,  
aunque es el valor notable.

REY

Cualquiera cosa hace bien.

CONDESTABLE

Con razón le favorece  
Vuestra Alteza.

REY

Él lo merece  
y que vos le honréis también.

(Vanse, y salen DON ALONSO y TELLO, de noche.)

TELLO

Mucho habemos esperado,  
ya no puedes caminar.

ALONSO

Deseo, Tello, escusar  
a mis padres el cuidado:  
a cualquier hora es forzoso  
partirme.

TELLO

Si hablas a Inés,  
¿qué importa, señor, que estés

de tus padres cuidadoso?  
Porque os ha de hallar el día  
en esas rejas.

ALONSO

No hará,  
que el alma me avisará  
como si no fuera mía.

TELLO

Parece que hablan en ellas,  
y que es, en la voz, Leonor.

ALONSO

Y lo dice el resplandor  
que da el sol a las estrellas.

(LEONOR, en la reja.)

LEONOR

¿Es don Alonso?

ALONSO

Yo soy.

LEONOR

Luego mi hermana saldrá,  
porque con mi padre está  
hablando en las fiestas de hoy.  
Tello puede entrar, que quiere  
daros un regalo Inés.

ALONSO

Entra, Tello.

TELLO

Si después  
cerraren y no saliere,  
bien puedes partir sin mí,

que yo te sabré alcanzar.

ALONSO

¿Cuándo, Leonor, podré entrar  
con tal libertad aquí?

LEONOR

Pienso que ha de ser muy presto,  
porque mi padre de suerte  
te encarece, que a quererte  
tiene el corazón dispuesto.

Y porque se case Inés,  
en sabiendo vuestro amor,  
sabrás escoger lo mejor,  
como estimarlo después.

(Sale DOÑA INÉS a la reja.)

INÉS

¿Con quién hablas?

LEONOR

Con Rodrigo.

INÉS

Mientes, que mi dueño es.

ALONSO

Que soy esclavo de Inés  
al cielo doy por testigo.

INÉS

No sois sino mi señor.

LEONOR

Ahora bien quiéroos dejar,  
que es necesidad estorbar,  
sin celos, quien tiene amor.

INÉS

¿Cómo estáis?

ALONSO

Como sin vida.

Por vivir os vengo a ver.

INÉS

Bien había menester

la pena desta partida,

para templar el contento

que hoy he tenido de veros

ejemplo de caballeros

y de las damas tormento.

De todas estoy celosa:

que os alabasen quería,

y después me arrepentía,

de perderos temerosa.

¡Qué de varios pareceres!

¡Qué de títulos y nombres

os dio la envidia en los hombres,

y el amor en las mujeres!

Mi padre os ha codiciado

por yerno, para Leonor,

y agradecióle mi amor,

aunque celosa, el cuidado;

que habéis de ser para mí

y así se lo dije yo,

aunque con la lengua no,

pero con el alma sí.

Mas ¡ay! ¿Cómo estoy contenta

si os partís?

ALONSO

Mis padres son  
la causa.

INÉS

Tenéis razón;  
mas dejadme que lo sienta.

ALONSO

Yo lo siento, y voy a Olmedo,  
dejando el alma en Medina:  
no sé cómo parto y quedo;  
amor la ausencia imagina:  
los celos, señora, el miedo;  
así parto muerto y vivo,  
que vida y muerte recibo.

Mas ¿qué te puedo decir,  
cuando estoy para partir,  
puesto ya el pie en el estribo?

Ando, señora, estos días,  
entre tantas asperezas  
de imaginaciones mías,  
consolado en mis tristezas  
y triste en mis alegrías;  
tengo, pensando perderte,  
imaginación tan fuerte,  
y así en ella vengo y voy,  
que me parece que estoy  
con las ansias de la muerte.

La envidia de mis contrarios  
temo tanto, que, aunque puedo  
poner medios necesarios,  
estoy entre amor y miedo

haciendo discursos varios.  
Ya para siempre me privo  
de verte, y de suerte vivo,  
que, mi muerte presumiendo,  
parece que estoy diciendo:  
«Señora, aquesta te escribo».  
Tener de tu esposo el nombre  
amor y favor ha sido;  
pero es justo que me asombre,  
que amado y favorecido  
tenga tal tristeza un hombre.  
Parto a morir, y te escribo  
mi muerte, si ausente vivo,  
porque tengo, Inés, por cierto  
que si vuelvo será muerto,  
pues partir no puedo vivo.  
Bien sé que tristeza es;  
pero puede tanto en mí,  
que me dice, hermosa Inés:  
«Si partes muerto de aquí,  
¿cómo volverás después?»  
Yo parto, y parto a la muerte,  
aunque morir no es perderte;  
que si el alma no se parte,  
¿cómo es posible dejarte,  
cuanto más, volver a verte?  
INÉS  
Pena me has dado y temor  
con tus miedos y recelos;  
si tus tristezas son celos,

ingrato ha sido tu amor.  
Bien entiendo tus razones;  
pero tú no has entendido  
mi amor.

ALONSO

Ni tú que han sido  
estas imaginaciones  
sólo un ejercicio triste  
del alma, que me atormenta,  
no celos; que fuera afrenta  
del nombre, Inés, que me diste.  
De sueños y fantasías,  
si bien falsas ilusiones,  
han nacido estas razones,  
que no de sospechas mías.  
(LEONOR sale a la reja.)

INÉS

Leonor vuelve. ¿Hay algo?

LEONOR

Sí.

ALONSO

¿Es partirme?

LEONOR

Claro está.

Mi padre se acuesta ya  
y me preguntó por ti.

INÉS

Vete, Alonso, vete. Adiós.

No te quejes, fuerza es.

ALONSO

¿Cuándo querrá Dios, Inés,  
que estemos juntos los dos?  
Aquí se acabó mi vida,  
que es lo mismo que partirme.  
Tello no sale, o no puede  
acabar de despedirse.  
Voyme, que él me alcanzará.

(Al entrar, una SOMBRA con una máscara negra y sombrero, y puesta la mano en el puño de la espada, se le ponga delante.)

ALONSO

¿Qué es esto? ¿Quién va? De oírme  
no hace caso. ¿Quién es? Hable.  
¡Que un hombre me atemorice,  
no habiendo temido a tantos!  
¿Es don Rodrigo? ¿No dice  
quién es?

SOMBRA

Don Alonso.

ALONSO

¿Cómo?

SOMBRA

Don Alonso.

ALONSO

No es posible.

Mas otro será, que yo  
soy don Alonso Manrique...  
Si es invención, ¡meta mano!  
Volvió la espalda. Seguirle  
desatino me parece.  
¡Oh imaginación terrible!

Mi sombra debió de ser...  
Mas no, que en forma visible  
dijo que era don Alonso.  
Todas son cosas que finge  
la fuerza de la tristeza,  
la imaginación de un triste.  
¿Qué me quieres, pensamiento,  
que con mi sombra me afliges?  
Mira que temer sin causa  
es de sujetos humildes.  
...O embustes de Fabia son,  
que pretende persuadirme  
porque no me vaya a Olmedo,  
sabiendo que es imposible.  
Siempre dice que me guarde,  
y siempre que no camine  
de noche, sin más razón  
de que la envidia me sigue.  
Pero ya no puede ser  
que don Rodrigo me envidie,  
pues hoy la vida me debe;  
que esta deuda no permite  
que un caballero tan noble  
en ningún tiempo la olvide.  
Antes pienso que ha de ser  
para que amistad confirme  
desde hoy conmigo en Medina;  
que la ingratitude no vive  
en buena sangre, que siempre  
entre villanos reside.

En fin, es la quinta esencia  
de cuantas acciones viles  
tiene la bajeza humana  
pagar mal quien bien recibe.

(Vase.)

(Salen DON RODRIGO, DON FERNANDO, MENDO y LAÍN.)

RODRIGO

Hoy tendrán fin mis celos y su vida.

FERNANDO

Finalmente, ¿venís determinado?

RODRIGO

No habrá consejo que su muerte impida,  
después que la palabra me han quebrado.

Ya se entendió la devoción fingida,  
ya supe que era Tello, su criado,  
quien la enseñaba aquel latín que ha sido  
en cartas de romance traducido.

¡Qué honrada dueña recibió en su casa  
don Pedro en Fabia! ¡Oh mísera doncella!

Disculpo tu inocencia, si te abrasa  
fuego infernal de los hechizos della.

No sabe, aunque es discreta, lo que pasa,  
y así el honor de entrambos atropella.

¡Cuántas casas de nobles caballeros  
han infamado hechizos y terceros!

Fabia, que puede trasponer un monte;

Fabia, que puede detener un río

y en los negros ministros de Aqueronte

tiene, como en vasallos, señorío;

Fabia, que deste mar, deste horizonte,

al abrasado clima, al Norte frío  
puede llevar un hombre por el aire,  
le da liciones: ¿hay mayor donaire?

FERNANDO

Por la misma razón yo no tratara  
de más venganza.

RODRIGO

¡Vive Dios, Fernando,  
que fuera de los dos bajeza clara!

FERNANDO

No la hay mayor que despreciar amando.

RODRIGO

Si vos podéis, yo no.

MENDO

Señor, repara  
en que vienen los ecos avisando  
de que a caballo alguna gente viene.

RODRIGO

Si viene acompañado, miedo tiene.

FERNANDO

No lo creas, que es mozo temerario.

RODRIGO

Todo hombre con silencio esté escondido.

Tú, Mendo, el arcabuz, si es necesario,  
tendrás detrás de un árbol prevenido.

FERNANDO

¡Qué inconstante es el bien, qué loco y vario!

Hoy a vista de un rey salió lucido,  
admirado de todos a la plaza,  
y ¡ya tan fiera muerte le amenaza!

(Escóndanse, y salga DON ALONSO.)

ALONSO

Lo que jamás he temido,  
que es algún recelo o miedo,  
llevo caminando a Olmedo.

Pero tristezas han sido.

Del agua el manso rüido  
y el ligero movimiento  
destas ramas, con el viento,  
mi tristeza aumentan más.

Yo camino, y vuelve atrás  
mi confuso pensamiento.

De mis padres el amor  
y la obediencia me lleva,  
aunque ésta es pequeña prueba  
del alma de mi valor.

Conozco que fue rigor  
el dejar tan presto a Inés...

¡Qué escuridad! Todo es  
horror, hasta que el Aurora  
en las alfombras de Flora  
ponga los dorados pies.

(Toca.)

Allí cantan. ¿Quién será?

Mas será algún labrador  
que camina a su labor.

Lejos parece que está;  
pero acercándose va.

Pues ¡cómo!: lleva instrumento,  
y no es rústico el acento,

sino sonoro y süave.

¡Qué mal la música sabe,  
si está triste el pensamiento!

(Canten desde lejos en el vestuario, y véngase acercando la voz, como que camina.)

VOZ

Que de noche le mataron  
al caballero,  
la gala de Medina,  
la flor de Olmedo.

ALONSO

¡Cielos! ¿Qué estoy escuchando?  
Si es que avisos vuestros son,  
ya que estoy en la ocasión,  
¿de qué me estáis informando?  
Volver atrás, ¿cómo puedo?  
Invención de Fabia es,  
que quiere, a ruego de Inés,  
hacer que no vaya a Olmedo.

LA VOZ

Sombras le avisaron  
que no saliese,  
y le aconsejaron  
que no se fuese  
el caballero,  
la gala de Medina,  
la flor de Olmedo.

ALONSO

¡Hola, buen hombre, el que canta!

LABRADOR

¿Quién me llama?

ALONSO

Un hombre soy  
que va perdido.

LABRADOR

Ya voy.

(Sale un LABRADOR.)

Veisme aquí.

ALONSO

(Todo me espanta.)

¿Dónde vas?

LABRADOR

A mi labor.

ALONSO

¿Quién esa canción te ha dado,  
que tristemente has cantado?

LABRADOR

Allá en Medina, señor.

ALONSO

A mí me suelen llamar  
el Caballero de Olmedo,  
y yo estoy vivo...

LABRADOR

No puedo  
deciros deste cantar  
más historias ni ocasión  
de que a una Fabia la oí.  
Si os importa, yo cumplí  
con deciros la canción.  
Volved atrás, no paséis

deste arroyo.

ALONSO

En mi nobleza,  
fuera ese temor bajeza.

LABRADOR

Muy necio valor tenéis.  
Volved, volved a Medina.

ALONSO

Ven tú conmigo.

LABRADOR

No puedo.

ALONSO

¡Qué de sombras finge el miedo!

¡Qué de engaños imagina!

Oye, escucha. ¿Dónde fue,  
que apenas sus pasos siento?

¡Ah, labrador! Oye, aguarda...

«Aguarda», responde el eco.

¡Muerto yo! Pero es canción  
que por algún hombre hicieron  
de Olmedo, y los de Medina  
en este camino han muerto.

A la mitad dél estoy:

¿qué han de decir si me vuelvo?

Gente viene... No me pesa;  
si allá van, iré con ellos.

(Salgan DON RODRIGO y DON FERNANDO y su gente.)

RODRIGO

¿Quién va?

ALONSO

Un hombre. ¿No me ven?

FERNANDO

Deténgase.

ALONSO

Caballeros,

si acaso necesidad

los fuerza a pasos como éstos,

desde aquí a mi casa hay poco:

no habré menester dineros;

que de día y en la calle

se los doy a cuantos veo

que me hacen honra en pedirlos.

RODRIGO

Quítese las armas luego.

ALONSO

¿Para qué?

RODRIGO

Para rendillas.

ALONSO

¿Saben quién soy?

FERNANDO

El de Olmedo,

el matador de los toros,

que viene arrogante y necio

a afrentar los de Medina;

el que deshonra a don Pedro

con alcagüetes infames.

ALONSO

Si fuérades a lo menos

nobles vosotros, allá,

pues tuvistes tanto tiempo,  
me hablárades, y no agora,  
que solo a mi casa vuelvo.  
Allá en las rejas, adonde  
dejastes la capa huyendo,  
fuera bien, y no en cuadrilla  
a media noche, soberbios.  
Pero confieso, villanos,  
que la estimación os debo:  
que, aun siendo tantos, sois pocos.

(Riñan.)

RODRIGO

Yo vengo a matar, no vengo  
a desafíos, que, entonces,  
te matara cuerpo a cuerpo.  
Tírale.

(Disparen dentro.)

ALONSO

Traidores sois;  
pero sin armas de fuego  
no pudiérades matarme.

¡Jesús!

FERNANDO

¡Bien lo has hecho, Mendo!

ALONSO

¡Qué poco crédito di  
a los avisos del cielo!  
Valor propio me ha engañado,  
y muerto envidias y celos.

¡Ay de mí! ¿Que haré en un campo

tan solo?

(Sale TELLO.)

TELLO

Pena me dieron

estos hombres que a caballo  
van hacia Medina huyendo.

Si a don Alonso habían visto  
pregunté; no respondieron.

¡Mala señal! Voy temblando.

ALONSO

¡Dios mío, piedad! ¡Yo muero!

Vos sabéis que fue mi amor  
dirigido a casamiento.

¡Ay, Inés!

TELLO

De lastimosas

quejas siento tristes ecos.

Hacia aquella parte suenan.

No está del camino lejos  
quien las da. No me ha quedado  
sangre; pienso que el sombrero  
puede tenerse en el aire  
solo en cualquiera cabello.

¡Ah, hidalgo!

ALONSO

¿Quién es?

TELLO

¡Ay, Dios!

¿Por qué dudo lo que veo?

Es mi señor don Alonso.

ALONSO

Seas bien venido, Tello.

TELLO

¿Cómo, señor, si he tardado?

¿Cómo, si a mirarte llego  
hecho una fiera de sangre?

¡Traidores, villanos, perros,  
volved, volved a matarme,  
pues habéis, infames, muerto  
el más noble, el más valiente,  
el más galán caballero  
que ciñó espada en Castilla!

ALONSO

Tello, Tello, ya no es tiempo  
más que de tratar del alma.  
Ponme en tu caballo presto  
y llévame a ver mis padres.

TELLO

¡Qué buenas nuevas les llevo  
de las fiestas de Medina!

¿Qué dirá aquel noble viejo?  
¿Qué hará tu madre y tu patria?  
¡Venganza, piadosos cielos!

(Salen DON PEDRO, DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR, FABIA y ANA.)

INÉS

¿Tantas mercedes ha hecho?

PEDRO

Hoy mostró con su real  
mano, heroica y liberal,  
la grandeza de su pecho.

Medina está agradecida,  
y, por la que he recibido,  
a besarla os he traído.

LEONOR

¿Previene ya su partida?

PEDRO

Sí, Leonor, por el Infante,  
que aguarda al Rey en Toledo.  
En fin, obligado quedo;  
que por merced semejante,  
más por vosotras lo estoy,  
pues ha de ser vuestro aumento.

LEONOR

Con razón estás contento.

PEDRO

Alcaide de Burgos soy.  
Besad la mano a Su Alteza.

INÉS

¡Ha de haber ausencia, Fabia!

FABIA

Más la fortuna te agravia.

INÉS

No en vano tanta tristeza  
he tenido desde ayer.

FABIA

Yo pienso que mayor daño  
te espera, si no me engaño,  
como suele suceder,  
que en las cosas por venir  
no puede haber cierta ciencia.

INÉS

¿Qué mayor mal que la ausencia,  
pues es mayor que morir?

PEDRO

Ya, Inés, ¿qué mayores bienes  
pudiera yo desear,  
si tú quisieras dejar  
el propósito que tienes?  
No porque yo te hago fuerza,  
pero quisiera casarte.

INÉS

Pues tu obediencia no es parte  
que mi propósito tuerza.  
Me admiro de que no entiendas  
la ocasión.

PEDRO

Yo no la sé.

LEONOR

Pues yo por ti la diré,  
Inés, como no te ofendas.  
No la casas a su gusto.

¡Mira qué presto!

PEDRO

Mi amor  
se queja de tu rigor,  
porque, a saber tu disgusto,  
no lo hubiera imaginado.

LEONOR

Tiene inclinación Inés  
a un caballero, después

que el Rey de una cruz le ha honrado;  
que esto es deseo de honor,  
y no poca honestidad.

PEDRO

Pues si él tiene calidad  
y tú le tienes amor,  
¿quién ha de haber que replique?

Casate en buen hora, Inés.

Pero ¿no sabré quién es?

LEONOR

Es don Alonso Manrique.

PEDRO

Albricias hubiera dado.

¿El de Olmedo?

LEONOR

Sí, señor.

PEDRO

Es hombre de gran valor,  
y desde agora me agrado  
de tan discreta elección;  
que si el hábito rehusaba,  
era porque imaginaba  
diferente vocación.

Habla, Inés, no estés ansí.

INÉS

Señor, Leonor se adelanta;  
que la inclinación no es tanta  
como ella te ha dicho aquí.

PEDRO

Yo no quiero examinarte,

sino estar con mucho gusto  
de pensamiento tan justo  
y de que quieras casarte.  
Desde agora es tu marido;  
que me tendré por honrado  
de un yerno tan estimado,  
tan rico y tan bien nacido.

INÉS

Beso mil veces tus pies.  
Loca de contento estoy,  
Fabia.

FABIA

El parabién te doy,  
si no es pésame después.

LEONOR

El Rey.

PEDRO

Llegad a besar  
su mano.

INÉS

¡Qué alegre llego!

(Salen el REY, el CONDESTABLE y gente, y DON RODRIGO y DON FERNANDO.)

PEDRO

Dé Vuestra Alteza los pies,  
por la merced que me ha hecho  
del alcaidía de Burgos,  
a mí y a mis hijas.

REY

Tengo

bastante satisfacción  
de vuestro valor, don Pedro,  
y de que me habéis servido.

PEDRO

Por lo menos lo deseo.

REY

¿Sois casadas?

INÉS

No, señor.

REY

¿Vuestro nombre?

INÉS

Inés.

REY

¿Y el vuestro?

LEONOR

Leonor.

CONDESTABLE

Don Pedro merece  
tener dos gallardos yernos,  
que están presentes, señor,  
y que yo os pido por ellos  
los caséis de vuestra mano.

REY

¿Quién son?

RODRIGO

Yo, señor, pretendo,  
con vuestra licencia, a Inés.

FERNANDO

Y yo a su hermana le ofrezco

la mano y la voluntad.

REY

En gallardos caballeros  
emplearéis vuestras dos hijas,  
don Pedro.

PEDRO

Señor, no puedo  
dar a Inés a don Rodrigo,  
porque casada la tengo  
con don Alonso Manrique,  
el Caballero de Olmedo,  
a quien hicistes merced  
de un hábito.

REY

Yo os prometo  
que la primera encomienda  
sea suya...

RODRIGO

¡Estraño suceso!

FERNANDO

Ten prudencia.

REY

Porque es hombre  
de grandes merecimientos.

(Sale TELLO.)

TELLO

Dejadme entrar.

REY

¿Quién da voces?

CONDESTABLE

Con la guarda un escudero  
que quiere hablarte.

REY

Dejadle.

CONDESTABLE

Viene llorando y pidiendo  
justicia.

REY

Hacerla es mi oficio.

Eso significa el cetro.

TELLO

Invictísimo don Juan,  
que del castellano reino,  
a pesar de tanta envidia,  
gozas el dichoso imperio:  
con un caballero anciano  
vine a Medina, pidiendo  
justicia de dos traidores;  
pero el doloroso exceso  
en tus puertas le ha dejado,  
si no desmayado, muerto.

Con esto yo, que le sirvo,  
rompí con atrevimiento  
tus guardas y tus oídos:  
oye, pues te puso el cielo  
la vara de su justicia  
en tu libre entendimiento,  
para castigar los malos  
y para premiar los buenos.

La noche de aquellas fiestas

que a la Cruz de Mayo hicieron  
caballeros de Medina,  
para que fuese tan cierto  
que donde hay cruz hay pasión,  
por dar a sus padres viejos  
contento de verle libre  
de los toros, menos fieros  
que fueron sus enemigos,  
partió de Medina a Olmedo  
don Alonso, mi señor,  
aquel ilustre mancebo  
que mereció tu alabanza,  
que es raro encarecimiento.  
Quedéme en Medina yo,  
como a mi cargo estuvieron  
los jaeces y caballos,  
para tenerte cuenta dellos.  
Ya la destocada noche,  
de los dos polos en medio,  
daba a la traición espada,  
mano al hurto, pies al miedo,  
cuando partí de Medina;  
y al pasar un arroyuelo,  
puente y señal del camino,  
veo seis hombres corriendo  
hacia Medina, turbados  
y, aunque juntos, descompuestos.  
La luna, que salió tarde,  
menguado el rostro sangriento,  
me dio a conocer los dos;

que tal vez alumbra el cielo  
con las hachas de sus luces  
el más oscuro silencio,  
para que vean los hombres  
de las maldades los dueños,  
porque a los ojos divinos  
no hubiese humanos secretos.

Paso adelante, ¡ay de mí!,  
y envuelto en su sangre veo  
a don Alonso espirando.

Aquí, gran señor, no puedo  
ni hacer resistencia al llanto,  
ni decir el sentimiento.

En el caballo le puse  
tan animoso, que creo  
que pensaban sus contrarios  
que no le dejaban muerto.

A Olmedo llegó con vida,  
cuanto fue bastante, ¡ay cielo!,  
para oír la bendición  
de dos miserables viejos,  
que enjugaban las heridas  
con lágrimas y con besos.

Cubrió de luto su casa  
y su patria, cuyo entierro  
será el del fénix, Señor,  
después de muerto viviendo  
en las lenguas de la fama,  
a quien conocen respeto  
la mudanza de los hombres

y los olvidos del tiempo.

REY

¡Estraño caso!

INÉS

¡Ay de mí!

PEDRO

Guarda lágrimas y estremos,

Inés, para nuestra casa.

INÉS

Lo que de burlas te dije,

señor, de veras te ruego.

Y a vos, generoso Rey,

destos viles caballeros

os pido justicia.

REY

Dime,

pues pudiste conocerlos,

¿quién son esos dos traidores?

¿Dónde están? Que ¡vive el cielo

de no me partir de aquí

hasta que los deje presos!

TELLO

Presentes están, Señor:

don Rodrigo es el primero,

y don Fernando el segundo.

CONDESTABLE

El delito es manifiesto,

su turbación lo confiesa.

RODRIGO

Señor, escucha...

REY

Prendedlos,

y en un teatro mañana

cortad sus infames cuellos:

fin de la trágica historia

del Caballero de Olmedo.

FIN